

RECUERDOS IGNACIANOS EN BARCELONA

Miguel Lop Sebastià S.J.

PRIMERA ESTANCIA EN BARCELONA (marzo 1523)	
1. Antecedentes	5
2. Vida en Barcelona	13
3. Preparativos del viaje a Jerusalén	19
SEGUNDA ESTANCIA EN BARCELONA (1524 – 1526)	
1. Los estudios	25
2. Vida ejemplar	34
3. Apostolado en la ciudad	40
TERCERA ESTANCIA EN BARCELONA (1527)	
1. Ayuda económica para los estudios en París	46
2. ¿Habló Ignacio el catalán?	49
3. Última visita a Barcelona de paso a Italia	51
4. Ulteriores actuaciones	52
LA ESPADA DE SAN IGNACIO	
1. Itinerario de la espada	55
2. Examen de la espada	58
3. Pero ¿por qué llevaba espada?	59



V Centenari del naixement de
Francesc Xavier

*500 años del nacimiento de
San Francisco Xavier y del Beato Pedro Fabro
450 años de la muerte de San Ignacio de Loyola*

Con la colaboración de St. Ignasi - Sarrià (Barcelona)

Miguel Lop Sebastià, SJ es autor de “*Los Directorios de Ejercicios (1540-1599)*”, Col. Manresa, nº 23, colabora en la Fundación Luis Espinal.

Impreso en papel ecológico y cartulina reciclada · Edita CRISTIANISME I JUSTÍCIA · Roger de Llúria, 13 – 08010 Barcelona · Tel. 93 317 23 38
Fax: 93 317 10 94 · info@fespinal.com · Imprime: Ediciones Rondas S.L.
ISBN: 84-85247-32-9 · Depósito Legal. B-33.609-2005

PRESENTACIÓN

La gran mayoría de los interesados en temas ignacianos apenas conoce de la Barcelona ignaciana, que en ella estudió latín con el maestro Ardévol y que pedía limosna en la Basílica de Santa María del Mar y poco más.

Este cuaderno descubrirá al más experto conocedor de la vida de San Ignacio hechos sorprendentes.

Se reúne aquí en forma breve todo, y sólo, lo que tiene alguna relación con las estancias de San Ignacio en Barcelona. Si en algún momento se abre el campo a otros lugares y personajes es solamente por exigirlo la comprensión y las circunstancias de los acontecimientos.

Todas las afirmaciones van avaladas con sus respectivas notas en las que se indican las fuentes de Monumenta SJ en que se encuentran. Aportamos una gran variedad de testimonios traduciendo, con la brevedad posible, los textos del catalán o latín de manera que sean ellos los que hablen. Además de lo que suelen exponer las Vidas del Santo, recogemos numerosas observaciones que yacen en los procesos de canonización y han quedado muy olvidadas por los sesudos historiadores que sólo exponen los grandes trazos y episodios estrictamente contrastados. Pero creemos que no hay que despreciar los testimonios de personas que los hicieron bajo juramento y comunican conocimientos de primera mano o que transmiten los de personas solventes.

No pretendemos elaborar un estudio teológico o espiritual, ni enmarcar la vida de Ignacio en la cultura de aquel tiempo, sino únicamente dar a conocer una serie de sucesos y anécdotas relacionadas con Barcelona, muchas de las cuales no suelen figurar en las vidas del Santo. Damos así respuesta a las preguntas que innumerables visitantes de los lugares ignacianos se plantean. Queremos además exponer el fundamento histórico y las razones que avalan los recuerdos ignacianos que posee la ciudad de Barcelona.

BIBLIOGRAFÍA

En las notas figuran las referencias a los volúmenes de Monumenta SJ en donde figuran los textos que se reproducen.

Además de las principales vidas de San Ignacio consultadas, reseñamos como particularmente a propósito de la materia las siguientes obras:

BORRÀS, ANTONI, SJ. *Ignasi de Loyola i la ciutat de Barcelona*, Barcelona (1991)

CREIXELL, JUAN, SJ. *San Ignacio en Barcelona* (1907)

CREIXELL, JUAN, SJ. *San Ignacio de Loyola. Estudio crítico y Documentos*, 2 vols. Barcelona (1922)

CREIXELL, JUAN, SJ. *La espada de San Ignacio. Barcelona* (1931)

PUIG, IGNACIO, SJ. *San Ignacio de Loyola y Barcelona*. Barcelona (1955)

Entre los artículos reseñados merecen especial consideración:

DALMASES, CÁNDIDO de, SJ. *Los estudios de San Ignacio en Barcelona (1524-1526)*. AHSJ 10(1941) 283-293

FERNÁNDEZ MARTÍN, LUIS, SJ. *Un episodio desconocido de la juventud de Ignacio de Loyola*. AHSJ 44 (1875) 131-138

LETURIA, PEDRO de, SJ. *Estudios Ignacianos*, I Roma (1957) *¿Hizo San Ignacio en Montserrat o en Manresa vida solitaria?* p.113-178

MADURELL, JM. y DALMASES, C. de, SJ. *Jerónimo Ardévol, maestro de San Ignacio*. AHSJ 37(1968) 370-407

MARCH, JOSÉ M^a, SJ. *La exposición ignaciana de Barcelona en el Colegio del Sagrado Corazón del 4 al 22 de noviembre del año centenario 1922*. Barcelona (1923)

SOLÁ, FRANCISCO de P., SJ. *La reliquia de la espada de San Ignacio*. Espíritu (1956) 96-99

1. Antecedentes

Al amanecer del día 25 de marzo de 1522, terminada “la vela de armas” ante la Virgen de Montserrat, según cuenta el mismo Ignacio al P. Luis González de Cámara, deja el monasterio en cuyo hostel ha permanecido tres días: “*Y en amaneciendo se partió por no ser conocido, y se fue, no el camino derecho de Barcelona, donde hallaría muchos que le conociesen y le honrasen, mas desvióse a un pueblo, que se dice Manresa, donde determinaba estar en un hospital algunos días, y también notar algunas cosas en su libro, que llevaba él muy guardado, y con que iba muy consolado*”.¹ Es decir, por una parte teme ser reconocido en Barcelona y por otra sólo piensa detenerse en Manresa algunos días.

Comencemos por analizar el largo retraso en dirigirse a Barcelona porque la realidad fue que esos pocos días se convirtieron en casi un año. Los motivos que se suelen dar de su larga estancia en Manresa son tres:

a) la peste que por entonces asolaba la ciudad de Barcelona. Motivo que no acaba de convencer pues si bien es verdad que en esas ocasiones se prohibía a mendigos y forasteros la entrada a las ciudades, el Bando publicado por la ciudad de Barcelona, en esta ocasión, lleva la fecha muy posterior de 2 de mayo de 1522.

b) las enfermedades que aquejaron al peregrino le impidieron proseguir el viaje propuesto. Pero estas enfermedades le sobrevinieron con bastante posterioridad a su llegada a Manresa.

c) la tardanza del papa Adriano VI en dirigirse a Roma. Este motivo merece mayor consideración.

Adriano de Utrecht, Regente del reino, fue elegido Papa el 9 de enero de 1522. En ese momento se hallaba en Vitoria y la noticia le llegó el día 24 del mismo mes. El 5 de febrero le llegó el Breve oficial de la elección. Permaneció en Vitoria hasta el 12 de marzo, fecha en la que emprendió el viaje, y pasando por Nájera y Logroño, el 21 se encontraba en Alfaro. Por esas mismas fechas (comienzo de marzo, o lo más pronto a mediados de febrero) Ignacio deja

Loyola hacia Montserrat. El peregrino, conocedor sin duda de la noticia del nombramiento papal, pudo prever que el viaje del Papa sería por mar, para no tocar tierra francesa, y le acompañaría una comitiva de altos personajes, con los que debería tropezarse forzosamente, pues la carretera que ambos debían seguir era la misma. La única manera de evitarlo era adelantándose en el viaje. En realidad ese peligro resultó remoto, pues Adriano el 25 de marzo se hallaba todavía en Tudela y el 29 en Zaragoza. Llegó a Tarragona el 10 de julio. Al cabo de un mes embarcó para Barcelona *“a donde llegó el 7 de agosto hacia las cuatro de la tarde. Parece que su Santidad no tenía ganas de desembarcar a causa de la peste (de suerte que mientras estuvo en Barcelona llevó siempre en la mano un paño empapado de vinagre, que olía de continuo), y tras grandes ruegos sólo desembarcó para visitar la capilla de Santa Eulalia”*.²

El peligro de ser reconocido existía realmente. Como Ignacio contará más adelante, a su vuelta de Jerusalén en 1524 fue reconocido en Génova *“por un vizcaíno que se llamaba Portando (Portuondo), que otras veces le había hablado cuando él servía en la corte del Rey Católico”*.³

Ahora bien, el peregrino pensaba detenerse en Manresa “algunos días” y ello hace suponer que juzgaba que podía perder unos días sin peligro de encontrar en Barcelona personas del séquito papal que le conociesen.

1.1. Posible estancia previa en Barcelona. Por otra parte a propósito de los posibles conocidos que quería evitar en Barcelona, escribe el P. Dalmases en la Vida de Ignacio: *“No constándonos que tuviese amigos en Cataluña, es claro que él aludía a las personas del séquito del nuevo Papa Adriano VI, entre las cuales había, sin duda, funcionarios de la corte de Castilla conocedores de Iñigo”*.⁴ Esta observación no es tan clara como parece, pues aunque no tuviese “amigos” en Barcelona, el peregrino tenía sus razones para pensar que podía encontrarse en Barcelona con personas *“que le conociesen y le honrasen”* sin tener en cuenta las del séquito papal puesto que con toda probabilidad ya había estado en Barcelona como gentilhomme de Antonio Manrique de Lara, Duque de Nájera. Éste había sido honrado por el emperador Carlos V en 1519 con la insignia del Toisón de Oro junto con otros magnates nacionales y extranjeros. El Capítulo del Toisón de Oro tuvo lugar con toda pompa y solemnidad el sábado día 5 de marzo en el coro de la Catedral de Barcelona.⁵

Es de notar que consta que Iñigo había acompañado al Duque de Nájera y Virrey de Navarra, a las cortes de Valladolid en febrero de 1518 y en diciembre del mismo año a las Cortes de Aragón en Zaragoza. Y a comienzos de 1521 fue enviado por el Virrey a Guipúzcoa en comprometida misión de paz, con lo que demostraba el aprecio que le tenía. No hay, pues, motivo para

pensar que, en ocasión tan gloriosa para el Duque, el gentilhombre Iñigo no formara parte de la comitiva. Por ello parece bastante claro que, antes de su conversión, Ignacio ya había estado en Barcelona.

De todos modos, hay que admitir que el peligro de ser reconocido en Barcelona, por haber estado ya en ella con ese motivo, existía en cualquier caso y no desaparecía retrasando “algunos días” la llegada a esa ciudad. Así pues, el análisis de la afirmación ignaciana, si bien nos permite descubrir este suceso anterior, continúa mostrándose ambigua en sí misma.

Hacia Manresa. Apenas dejó el monasterio de Montserrat, a las primeras luces del alba del día 25, se encontró el peregrino con cuatro mujeres, todas viudas, y dos muchachos. Eran: Inés Pascual, Paula Amigant, Catalina Molins y Jerónima Clavera, hospitalera del hospital de Manresa. Los muchachos eran Juan Torres y Miguel Canyelles, ahijados de Inés Pascual. Inés se encontraba en Manresa accidentalmente a causa de algunos pleitos por la herencia de su primer marido. Debía tener también casa allí. Los pleitos debieron ser largos pues cuando dejó Manresa al año siguiente en pos de Ignacio, según su hijo, dejó *“todos sus asuntos por él y se vino aquí desde Manresa con no poca incomodidad de sus pleitos y pérdida de intereses y bienes, que fue tal que hasta ahora no se ha cobrado parte de ellos, que a causa de aquella precipitada venida dejó ella sin aclarar”*.⁶

Es preciso señalar desde el principio que el apellido de Inés era Pujol. Casó en primeras nupcias con Juan Sagristá, del cual tuvo un hijo, al que llamó Juan. Este matrimonio duró sólo trece meses. Luego casó con Bernardino Pascual el cual falleció después de cuatro años de matrimonio. No le dejó hijos pero sí un gran patrimonio, a condición de que adoptase su apellido Pascual, cosa que hizo no sólo Inés sino también su hijo Juan, y que llevase adelante el negocio del algodón, que tenía en Barcelona.

Inés será la gran protectora de Ignacio no sólo en Manresa, sino durante todas sus estancias en Barcelona, la que le enviará limosnas a París para financiarle los estudios, y a la que Ignacio por su parte tratará como a su madre. Murió, según su hijo Juan, *“de suerte que de ochenta años que vivió estuvo sesenta viuda”*, el 9 de abril de 1548 atendida por el P. Araoz, que por esas fechas se encontraba en Barcelona, según el precioso relato de su hijo Juan, el 7 de julio de 1578 a los PP. Maffeo y Pedro Gil: *“Esta Inés Pascuala murió en la misma cama y cámara del P. Ignacio, de la cual hoy hay aún tablas y colchón; y murió en manos del P. Araoz como una santa; porque, habiéndole dicho misa el P. Araoz, y habiéndole dado la bendición, le pidió: Madre, ¿cómo se llama? Dijo: Inés Pascuala; y sonriendo dio el alma al Criador. Halláronse a esta mujer tres cilicios. Y antes que muriese, diciéndole el P. Araoz que con la*

penitencia se había acortado la vida, respondió que su Señor Jesús no tenía tan buena cama en la muerte".⁷ Fue sepultada en el altar de San Martín de la iglesia del gran convento de los Agustinos⁸, puesto que pertenecía al gremio de los algodoneros.

El encuentro del peregrino con su madre lo explicó así Juan Pascual en 1582: *"se encontró en la ermita de los Apóstoles con mi madre y le preguntó si habría por allí cerca un hospital en donde poder recogerse. Y viendo ella el aspecto de bondad que tenía, con la cabeza un poco calva, lo miró y le movió su presencia a devoción y piedad; le dijo, pues, que el más cercano de allí era el que distaba tres leguas de donde se hallaban en la ciudad de Manresa, de donde era y adonde iba; que si gustaba ir en su compañía y seguirla ella lo acomodaría y le regalaría allí lo mejor que supiese pues la dicha ciudad era apropiada para hacerlo; y agradeciendo él con palabras honradas y cristianas dicha oferta, se determinó a seguirlas yendo ellas poco a poco por su cojera, para que pudiese ir en su compañía; porque habiéndole ofrecido un asnillo que llevaban para que fuera con él a caballo, por la lástima que le tenían, no pudieron acabar con él que dejara de ir a pie y fuese a caballo un solo paso"*.⁹

1.2. Estancia en una cueva de Montserrat. Los historiadores analizan con detención la frase de la Autobiografía: *"donde hallaría muchos que le conociesen y honrasen"* y en cambio no ponderan la siguiente: *"y también notar algunas cosas en su libro que llevaba muy guardado"*, que indica cierta urgencia de poner por escrito sus recientes descubrimientos y experiencias habidas en Montserrat bajo la dirección del confesor Chanones.

Tampoco se ha ponderado la frase final del mismo párrafo cuando Ignacio dice: *"no pudo estar mucho en Manresa sin que las gentes dijese grandes cosas, naciendo la opinión de lo de Monserrate"*, que parece debe interpretarse como que al poco tiempo de estar en Manresa ya empezó la gente a tenerlo por santo a causa de lo sucedido en Montserrat, que en una población pequeña como Manresa, las mujeres sin duda habían propagado. De modo que se vio obligado a huir de Manresa, como dirá el P. Araoz.

Llega, pues, el peregrino al hospital de Manresa para pasar "unos días" pero con el propósito ya firme de no seguir luego hacia Barcelona. Tal vez la verdadera explicación de la incongruente expresión de Ignacio sobre su desvío a Manresa nos la dé el hecho comprobado de su vuelta a Montserrat después de la estancia en el hospital de Manresa. Con toda claridad lo afirma Gabriel Perpinyà: *"el P. Ignacio de dicho monasterio de nuestra Señora de Montserrat bajó a la ciudad de Manresa, que dista de dicho monasterio tres leguas; y allí estuvo, según supo el testigo, algún tiempo en un hospital,...; y después volvió a dicho monasterio de nuestra Señora de Montserrat, vestido también de saco y*

muy pobremente, continuando su gran penitencia y vida santa".¹⁰

La descripción del P. Araoz sobre la estancia de Ignacio en una cueva de Montserrat¹¹, extremo tildado interesadamente por Ribadeneira en la Vida de Ignacio de *"cuento sin autoridad,"*¹² la enigmática frase del mismo Araoz al comienzo de su Censura: *"De tantos mil azotes por algunas hojas que se quemaron de las horas en que rezaba"*¹³ (se entiende, en la cueva donde habitaba), la expresión del mismo Araoz en carta del 30 de octubre de 1539, en la que narra a Ignacio su subida a Montserrat: *"También hablé al ermitaño Fray Martín de Ubila, el cual se holgó mucho"*,¹⁴ y los testimonios de varios monjes de la Abadía en el proceso de canonización y otros que avalan esa estancia, motivaron una respuesta del P. Leturia a la tesis del P. Anselmo M. Albareda OSB, defensor de una continuación de la estancia de Ignacio en Montserrat después de la vela de armas.¹⁵

Tanto el P. Leturia como el P. Arturo Codina *"no ven dificultad en admitir que el santo, pasados ya algunos días en Manresa, tornara otra vez a la santa montaña, haciendo por algún tiempo, no largo, vida de soledad y penitencia en alguna hendidura de ella, con tal que a este hecho no se le dé proporciones trascendentales, como las que tiene la estancia en Manresa"*.¹⁶

Según esto, y concretando la cuarta de las conclusiones del estudio del P. Leturia, se puede afirmar b siguiente: Ignacio llega a Montserrat decidido a continuar en seguida su peregrinación. Pero las experiencias del triduo de su confesión con el monje Chanones le hacen cambiar de intento viendo la necesidad de adentrarse en la experiencia de la vida espiritual. Decide, pues, quedarse algún tiempo cerca del monasterio aun a costa de perder la oportunidad de llegar a Roma a tiempo para obtener el permiso de ir a Jerusalén, permiso que sólo se daba en Pascua y que aquel año caía el 20 de abril.

Pero habiendo transcurrido los tres días permitidos de estancia en el albergue del monasterio y el temor de que le conozcan en la portería del monasterio si se presenta en seguida entre los otros pobres, le obligan a dirigirse a una población cercana. Se le ofrece la oportunidad del hospital de Manresa en donde además podrá escribir en su libro sus primeras experiencias, libre de conocidos importunos. En Manresa pronto le tienen por santo. Y ante el peligro de la vanagloria, que aterroriza a Ignacio, huye a los riscos de Montserrat y pone en práctica su antiguo deseo de imitar a San Onofre en su vida penitente, como describe Araoz en su relato. Pero pronto es descubierto por el monje limosnero y *"el médico que curaba en casa y era de Barcelona... al cual después conoció mucho el P. Araoz en Barcelona y le trató familiarmente y como testigo de vista le contó lo que pasó en esto"*,¹⁷ y se repite la estima de santo como en Manresa y huye de nuevo a Manresa en cuyos alrededores habita cierto tiempo en la cueva selvática vecina al Cardoner.

Araoz dirá: *“Huyó de Montserrat y Manresa porque le miraban como a santo”*.¹⁸ Esta huida de Manresa, ha de entenderse referida a los pocos días de su llegada a la población y no al fin de la estancia en la misma al cabo de un año. La vida en la cueva monserratina hay que ponerla dentro siempre de los cuatro meses que precedieron a los escrúpulos y a las grandes luces místicas. Ignacio en Manresa residió en el hospital, el convento de los dominicos y casas particulares, aunque haciendo probablemente varias visitas a su confesor de Montserrat y otras más a la cueva del Cardoner.¹⁹

Camino de Barcelona. Transcurrido casi un año de estancia en Manresa, incluyendo la estancia y las posibles subidas a Montserrat, dice la Autobiografía: *“Íbase allegando el tiempo que él tenía pensado para partirse para Jerusalén. Y así, al principio del año de 23, se partió para Barcelona para embarcarse”*.²⁰ Lo más probable es que Ignacio no hubiera comunicado a nadie sus intenciones de peregrinar a Jerusalén, pues Juan Pascual da la iniciativa a su madre la cual llamó a un hermano suyo, de nombre Antonio Pujol, sacerdote muy docto y ejemplar, que residía en Tarragona como confesor del Arzobispo y Maestro de ceremonias de la Catedral. Con él se desplazó también a Manresa Juan, que entonces tenía unos quince años, y ejercía de paje del Arzobispo: *“Pero por cuanto trataban con él muchas personas, así hombres como mujeres, cosas de la salvación del alma y del camino del cielo, habiéndose desatado muchas y desatinadas murmuraciones en aquella ciudad por ser tan pequeña y la gente maliciosa y grosera, determinaba que él lo llevase a su casa en Barcelona, en donde ella podría valerlo y ampararlo sin nota de nadie”*.²¹

Esta providencia de Inés Pascual de llamar a su hermano Antonio debió tomarla sin comunicarla de antemano a Ignacio, pues Juan dice que a la propuesta de Inés respondió Ignacio: *“que de muy buena gana iría: primero, por quererlo así Nuestro Señor, y después por ella, a la cual tenía tanta obligación como si fuera su madre, y que, al efecto ya tenía concertada la partida con su hermano de ella Mosén Pujol”*,²² pues según ha contado Juan un poco antes, el sacerdote ya había tratado el asunto con Ignacio.

El sobrino cuenta en otra ocasión el triste final de este buen sacerdote. Obtuvo *“la abadía de San Miguel de Cuxà, que está en Cataluña, y disfrutó de ella sólo siete meses, pues según es fama, los monjes lo envenenaron, aunque yo no lo creo”*.²³

1.3. Indumentaria del peregrino. Antes de llegar a Montserrat, Ignacio había entregado sus ricos vestidos a un pobre y en su lugar había adoptado el traje de peregrino: *“Y llegando a un pueblo grande antes de Montserrate quiso allí comprar el vestido que determinaba de traer, con que había de ir a*

Jerusalén; y así compró tela de la que suelen hacer sacos, de una que no es muy tejida y tiene muchas púas, y mandó luego de aquella hacer veste larga hasta los pies, comprando un bordón y una calabacita y púsolo todo delante el arzón de la mula. Y compró también unas esparteñas, de las cuales no llevó más de una; y esto no por ceremonia, sino porque la una pierna llevaba ligada con una venda y algo maltratada; tanto que, aunque iba a caballo, cada noche la hallaba hinchada; este pie le pareció era necesario llevar calzado”.²⁴ El P. Laínez lo describe así: “*Comprando un saco grueso y una cuerda para ceñirse y un palo o bordón*”.²⁵ Y el P. Rivadeneira dice que fue “*una túnica hasta los pies, a modo de saco áspero y grosero y por cinto un pedazo de cuerda*”.²⁶ Los testigos del proceso de Manresa confesarán con toda claridad que: “*Iba vestido con una tela gruesa, como un saco, sin sombrero y un pie descalzo*” lo que le valió el popular mote de *l’home del sac*.²⁷

El P. Araoz en 1572 refiriéndose a ese “*pueblo grande antes de Montserrat*” dice: “*Compró en Lérida el saco y la alpargata*”.²⁸ Pero el P. Creixell, a quien sigue el P. Leturia, observa que la expresión “*pueblo grande*” no puede aplicarse a una ciudad amurallada como era entonces Lérida y “*antes de Montserrat*” hay que entenderlo como cierta proximidad a Montserrat, y por ello y otras razones se inclina por *Iguakada*.²⁹

Un testigo de Monserrat hace la siguiente interesante observación: “*de la cuerda que servía como cinturón colgaba un cordoncito en el cual a veces se veían muchos nudos y otras pocos, y otras ninguno, y juzgaban que todo era para acordarse de algunos escrúpulos que decían tenía*”.³⁰ La interpretación es equivocada pues los nudos se refieren sin duda alguna al examen particular que llevaba el peregrino.

El vestido de peregrino debía haber quedado hecho trizas al cabo de un año, pues a causa de la última grave enfermedad, sufrida en Manresa, sus devotos “*le hicieron que se vistiese y calzase y cubriese la cabeza; y así le hicieron tomar dos ropillas pardillas de paño muy grueso, y un bonete de lo mismo, como media gorra*”.³¹ Según testimonia el sacerdote Francisco Picalques fue “*el cardador de lana T. Canyelles quien hizo el vestido de paño llamado burell, y dejado por el dicho Padre Ignacio aquel saco vil y fétido con el que se vestía, adoptó el vestido*”.³²

Además el mismo peregrino confiesa que a consecuencia de esa grave enfermedad “*tomó zapatos*”³³ que le duraron todo el tiempo de la peregrinación, aunque ya veremos cómo los llevaba en Barcelona.

1.4. El crucifijo y la imagen de la Virgen Aun cuando Juan Pascual dijo que el peregrino llevaba “*un rosario grande colgado al cuello*”, el hecho no queda avalado por ningún otro informe histórico. Lo que Ignacio llevaba colgado del cuello, o tal vez bajo la ropa y por eso no lo vio entonces el

muchacho, era un crucifijo. El mismo Juan declaró: “Guardo hasta el presente... juntamente con un grande Cristo crucificado, que llevaba en el pecho desde el día que se convirtió, de palmo y medio de largo; está, cual lo poseo, sin cruz, por haberla dado como reliquia a los padres de la Compañía de Jesús”.³⁴ Y su hija Inés declara: “Tengo en casa todavía un Cristo, (que llevaba de ordinario el Padre Ignacio), que está sin cruz”.³⁵

El hecho de que la imagen de Cristo se guardara “sin cruz” hizo creer a algún piadoso historiador que Ignacio así lo llevaba “como si él quisiera serlo, no rigurosa sino suave, de su Redentor”.³⁶

En 1642 el Canónigo Francisco Pascual, biznieto de Juan Pascual, lo entregó al Colegio de Belén. Aunque alguna noticia aparece con posterioridad, pronto deja de hablarse de él.

Este es también el lugar de referirnos a una imagen de la Virgen de los Dolores que según algunos llevaba Ignacio sobre el pecho. En una relación de 1597 dice el P. Juan de Aviñón³⁷ que Doña Marina de Loyola, hija de Martín García de Loyola, hermano mayor de Ignacio, hizo donación de una imagen de nuestra Señora de las siete Angustias, del tamaño de la palma de la mano, a los Padres de Zaragoza junto con la siguiente exposición: “Enviando nuestro b. P. a España al P. Araoz, se quitó del pecho aquella imagen, y se la dio, y le dijo: Tomad esta imagen y estimadla en mucho, y no la deis a nadie, y sabed que en todas las peregrinaciones que he hecho, la he llevado siempre conmigo; y me ha hecho Dios nuestro Señor por medio de ella muchos favores y mercedes”. A fines de 1539 pasó Araoz por Loyola³⁸ y ante los ruegos de Doña Marina le dejó la imagen hasta su regreso, cosa que ya no pudo realizar, y por ello quedó la estampa en su poder.

Esta imagen fue vista por el P. Ribadeneira y “el dicho Padre le hizo poner un encaje de nogal y un vidrio a la dicha imagen, y la volvió a enviar así a Zaragoza”. El cuadro con una estampa de la Virgen de las Angustias, con una sola espada atravesándole el pecho, fue a parar al Colegio de Belén, a donde llegó después de varias peripecias. Los editores de Monumenta afirman la estancia del cuadro en Veruela, pero con una estampa que ya no era la original, enmarcada en arabescos de plata dorada. El P. José M^a March en la descripción de los objetos que figuraron en la Exposición Ignaciana realizada en el Colegio del Sagrado Corazón de Barcelona con motivo del año centenario de 1522 reproduce una fotografía del cuadro. Hoy día se desconoce su paradero.

Aunque el narrador haya dicho que Ignacio al entregar la estampa a Araoz “se la quitó del pecho” y el P. Mariani en la vida de San Ignacio publicada en 1741 diga de la estampa que “Hoy bajo el altar una imagen del Santo la tiene sobre el pecho”, se hace difícil creer que Ignacio la pudiese

llevar tanto tiempo “escondida en el pecho” sin deteriorarse. Por lo demás ningún testigo en los procesos afirma haberla visto, como sí los hay que declaran haber visto el crucifijo. Lo más probable es que Ignacio llevase la estampa devotamente guardada entre las páginas de aquel “libro” que ya traía consigo desde Loyola.

2. Vida en Barcelona.

Era a mediados o fines de febrero de 1523 cuando Ignacio dejó Manresa. En el viaje fue acompañado sólo por Mosén Pujol, pues el joven Juan quedó todavía en Manresa con su madre según nos cuenta: *“Yo me quedé con mi madre en Manresa para concluir sus negocios, para venir después a Barcelona en su compañía como lo hiciera ella, yo y los dos ahijados que tenía en su casa, llamados Juan Torres y Miguel Cañellas”*.³⁹

2.1. Llegada a la ciudad. Entró el peregrino en Barcelona por el Portal Nou, situado poco más o menos en el actual emplazamiento del Arco del Triunfo pero en posición perpendicular al mismo. Recorrió la calle del Portal Nou, plaza de Sant Agustí Vell y calle Carders hasta la capilla Marcús en donde, como todos los que entraban o salían de la ciudad, orarían ante la Mare de Déu de la Guia, que en ella se veneraba, para dar gracias por el feliz viaje.

Esta capilla, probablemente después de las iglesias de San Pedro de las Puellas y San Pablo del Campo, es el más antiguo de los edificios religiosos de Barcelona. El nombre de Marcús, con que se la conoce, proviene de que la hizo construir a mediados del siglo XII, el honorable Bernardo Marcús, ciudadano de Barcelona, agradecido a un favor recibido del cielo. Compró un terreno cerca de la iglesia de Santa María del Mar, que transformó en cementerio para pobres y levantó en sus proximidades la capilla, que no pudo terminar en vida y que dejó en testamento la terminasen sus hijos, como así efectivamente lo hicieron. Este santo caballero murió en junio de 1166. Desde 1835 estuvo la capilla dentro de la demarcación de la cercana Parroquia de Sant Cugat del Rec y últimamente, con la absorción de ésta, ha vuelto a pertenecer a Santa María del Mar.

Ignacio y su acompañante seguirían por la calle Corders, plaza de la Lana, calle Boria y doblarían a mano izquierda por la calle Febrés, que hoy día ha recibido el nombre de Sant Ignasi, y al extremo de ésta, en la esquina con la calle Cottoners, se hallaba la casa de Inés Pascual.

2.2. La casa de Inés Pascual. Dice su hijo: *“Tenía ella a la sazón su principal casa y habitación con tienda de algodón en la ciudad de Barcelona; y*

*en ella cuidaba en ausencia de la dueña un tal Pedro Pinós, sobrino suyo, y Juan Agramunt; los cuales entrambos fueron luego mercaderes en esta ciudad. El oficio de algodnero y los bienes que en Barcelona poseía y administraba ella, los había obtenido y heredado por legítimo testamento a la muerte de Bernardo Pascual, mi padrastro y su segundo marido”.*⁴⁰

Efectivamente Juan, hijo del primer matrimonio de Inés, se presentará casi siempre con el nombre de Juan Pascual aunque en ocasiones usará el original de Juan Sagristá y hasta el de Juan Sagristá Pascual. La profunda veneración que sentía por el P. Ignacio y la avanzada edad que tenía al dar su testimonio en orden a la causa de canonización nos obligan a tomar con gran precaución muchas de sus afirmaciones. Pero, como testigo de primera mano, hay que creerle en todo lo que no contradiga otros fidedignos testigos o datos históricos. Tuvo siete hijos de su mujer Ángela, de los cuales sólo tres aparecerán en los procesos de canonización: Ángela, Aurora e Inés. Murió de la peste, atendido por el P. Pedro Gil el 9 de setiembre de 1589.

La casa de Inés no era de su propiedad sino de Miguel Corneli y Eufrasina, su mujer. El hijo Juan la compró, junto con otra adyacente, al contraer matrimonio con Ángela Pascual el año 1539, algunos años después de la partida de Ignacio hacia París. La disposición no obstante de la casa, o de las dos casitas, no varió interiormente.⁴¹

Descripción de la casa. La casa de Inés Pascual ya no existe. Fue derribada en 1857 para abrir paso a la calle Princesa. La casa era relativamente pequeña, a pesar de la ampliación realizada en 1539 por Juan Pascual con la casa adyacente, por ello se habla en ocasiones de “las casas”. El conjunto de ambas tenía seis puertas: cuatro daban a la calle Febrés y dos a la de Cottoners, aunque seguramente se debió obstruir alguna, puesto que más adelante sólo se mencionan cuatro.

La descripción realizada por los Jueces remisoriales del proceso de canonización, que visitaron la casa el 7 de junio de 1606, indica que estaba situada en la calle Cottoners y formaba esquina con la de Simón Febrés (después Forn dels Cottoners y ahora San Ignacio). Describen que: *“Existe aún en una de las puertas una celosía de madera por la cual, según dicen, frecuentemente repartía Ignacio a los pobres de los panes y limosnas, que mendigara para sí. En el primer piso de la casa hay una alcoba en la cual estuvo Ignacio enfermo de gravedad a consecuencia de los palos recibidos por la gloria de Dios... Una escalerita de caracol lleva al aposento del segundo piso, junto al cual hay otro, que fue la habitación en que solía dormir Ignacio; mide trece pies de ancho, por quince de largo y veinte palmos de altura”.*⁴²

Intentos de compra por la Compañía. El negocio del algodón no le fue muy bien a Juan Pascual hasta el punto que el P. Aquaviva en carta del 31 de octubre de 1586 aprobaba se le diera una pensión por diez años “*pues la obligación que tenemos a su madre es tal, que es razón gratifiquemos, en lo que pudiéremos, lo que ella hizo por nuestro Padre de santa memoria*”. Y en 14 de octubre 1594, cuando Juan Pascual había ya fallecido, insistía el P. General se continuase ayudando a su viuda Ángela Pascual.

Evidentemente uno de los medios de favorecer a la familia Pascual era comprar la casa que había albergado al P. Ignacio, y así lo propuso el P. Provincial Pedro Juste en mayo de 1600. El P. General aprobaba el 22 de marzo de 1601 “*lo que ya otras veces se ha tratado, que será bien comprar las casas de Pascual, en las cuales fue hospedado nuestro bienaventurado Padre*”, y el 22 de enero de 1602 escribía de nuevo al P. Provincial Melchor de Valpedrosa: “*Deseo que V. R. dé orden, cómo en todo caso se compre la casa de Pascual, porque será mal negocio que viniese a manos de otro, y para esto se busque lo que costará, que después se verá de donde se pagará*”. Y, en efecto, se obtuvo un donativo de la Duquesa de Máuquedra la cual envió desde Sicilia 206 libras para efectuar la compra de la casa.⁴³

Adquisición por los dominicos. Pero los Dominicos del cercano gran Convento de Santa Catalina se adelantaron. Fray Juan Andreu, provincial de los Agustinos declaró en el proceso de canonización: “*Los frailes de la Orden de Santo Domingo de la presente ciudad desearon comprar a toda costa la casa de Pascual y aun me dijeron a mí, cuando era prior del convento de San Agustín, que intercediese por ellos. Porque temían, que si viniese a manos de los PP. de la Compañía, por la vecindad menguaría la devoción hacia su convento*”.⁴⁴

No les fue difícil entrar en posesión de la casa. Muerto Juan Pascual en 1589 y su esposa Ángela en 1598, quedó la casa en propiedad de sus hijas supervivientes: Aurora, casada, Inés y Ángela, solteras, y de Jerónima Maresa, viuda, hermana de la madre. Aunque las tres huérfanas, devotísimas de Ignacio como su padre, pretendían dar la casa a la Compañía, prevaleció el deseo de la tía, gran devota de los Dominicos. Las promesas hechas por estos fueron considerables: entrega de cierta pensión de 40 libras anuales, usufructo de la casa durante su vida, entierro gratuito en la iglesia del convento y funerales semejantes a los de los miembros de la comunidad. Se cerró el contrato por escritura pública el 23 de febrero de 1603 y los dominicos del cercano, sólo distante 150 metros, convento de Santa Catalina quedaron dueños de la casa. Los Anales del Convento de Santa Catalina, que se conservan en la Biblioteca de la Universidad de Barcelona, contienen una deliciosa y maligna narración

sobre esta adquisición.⁴⁵

Cerrada al culto. Los dominicos mantuvieron la casa perpetuamente cerrada. En 1648 hasta le pusieron por nombre el de Casa de Santo Domingo. Con todo permitieron algunas visitas. Así el P. Pedro Cant, SJ, belga que peregrinó a Barcelona para venerar recuerdos ignacianos escribía en 1674: *“Hemos visitado aquí una casa y en ella el aposento que fue vivienda de nuestro Santo Padre cuando siendo ya varón formado, estudiaba mezclado con los niños los rudimentos de gramática latina”*.

En 1693 el Prior del convento de Santa Catalina, Fray Diego Corli, en acción de gracias por la salud recobrada, fue persuadido por el jesuita P. Francisco Ignacio Pallarés a colocar un altar y un cuadro en la habitación que ocupó San Ignacio. Es de justicia notar que los Anales del Convento, al relatar este punto, demuestran un gran aprecio por la figura de San Ignacio.

En 1701 el Virrey de Cataluña, Conde de Palma, haciendo valer el privilegio que poseía de que se le dijera misa en donde quisiera, logró entrar con sus dos hijos, alumnos del Colegio de Belén, con dos Padres jesuitas, en la habitación-capilla. Se aceptó el privilegio pero celebró la misa el Prior dominico, Fray Tomás Ripoll, más tarde General de la Orden.

El edificio sufrió en 1714 las consecuencias del bombardeo, durante el asedio de Barcelona por Felipe V en la Guerra de Sucesión. Fue luego reparado y reconstruido el lugar que había ocupado la habitación del Santo.

Vendida a particulares. Finalmente, en 1786 fue vendida la casa a D^a Raimunda Pexau, ya con el nombre de Casa de San Ignacio, pero todavía con la condición de mantener la capilla existente y que *“si en lo sucesivo se erigiese en el expresado aposento oratorio con facultad para celebrar Misa en él, no puedan los poseedores de dichas casas, ni cualquier otra persona hacerlas celebrar por cualquier otra que no sea por los religiosos del convento de Santa Catalina o por aquellos a quienes diere licencia el Padre Prior del mismo monasterio; y en tal caso, la licencia se le ha de pedir cada vez que se celebre Misa en tal oratorio”*.⁴⁶ En 1840 pasó a un nuevo propietario, D. Francisco Giralt, que poco tiempo la pudo disfrutar puesto que la expropiación por la abertura de la calle Princesa va a nombre de la viuda.

El lugar en donde vendría a caer la habitación de Ignacio corresponde al actual emplazamiento del nº 7 de la calle Princesa, esquina a la de San Ignacio, junto al primer balcón del primer piso que mira a la calle de San Ignacio, pero no a nivel del mismo, sino algo más bajo, entre el entresuelo y el primer piso.

La cama y el colchón. En 1579, según contó Juan Pascual al P. Gil, su madre Inés “murió en la misma cama y cámara del P. Ignacio, de la cual hoy hay aún tablas y colchón”.⁴⁷ El 7 de julio de 1591 se hizo donación ante notario a la Compañía de Jesús de la cama y dos colchones que con tanto aprecio había conservado la familia Pascual, actuando como testigos entre otros, el P. Jerónimo Roca, Rector de Belén, y el P. Pedro Gil. El testimonio de éste dice así: “Yo por espacio de diez años, es a saber, desde el año 1579 hasta el de agosto de 1589, en el cual tiempo murió Juan Pascual de pestilencia, le he confesado muchas veces y le he oído decir, que esta cama, que tenemos aquí presente, con estas cuatro tablas y dos colchones, son donde el P. Ignacio ha dormido muchas veces y que guardaba esta cama y la quería dar a nuestro Colegio de Barcelona en memoria del P. Ignacio”.⁴⁸

La viuda de Juan Pascual asegura lo mismo y describe la cama así: “la cual era ensamblada, al modo que antiguamente se usaba en las camas; y las tablas sobre las cuales estaban los colchones, con el tiempo tan largo transcurrido se han perdido en esta nuestra casa”. La palabra “ensamblada” quiere decir en forma de “caja” o “cajón” en cuyos bordes superiores se apoyaban unas tablas. Y como mujer, ama de casa, precisa: “Y decía (mi suegra Inés Pascual) que estos colchones son los mismo s en que durmió, excepto que en un colchón la lana toda es la misma, y en el otro está mezclada con otra lana; pero que las telas con el tiempo han sido cambiadas y no son las mismas que eran entonces, cuando el P. Ignacio durmió en esta cama”.⁴⁹

El belga P. Ignacio Cant, en su visita al Colegio de Belén en 1674, afirma haber visto estos enseres, pero cambiando ya, o no entendiendo, la finalidad de las cuatro tablas: “Se conservan allí el colchón y las tablas en las cuales el Santo Padre yacía, en éstas cuando estaba sano, en aquel cuando estuvo gravemente enfermo”.⁵⁰

Las tablas que formaban la cama hace mucho tiempo que desaparecieron y los colchones se conservaban en el altar de San Ignacio de la iglesia de Belén hasta que en 1922 fueron entregados a los Padres de la Compañía de Jesús y depositados en la Real Capilla del Palau. Después del período marxista (1936-39), se recuperó uno de los dos y en 1955 se levantó acta notarial en la que el sacerdote Antonio Alemn, ecónomo de la iglesia de Belén cuando hizo la donación, certifica que es el mismo que él entregó junto con un banquillo de la casa de Inés Pascual en el que se sentaba el Padre Ignacio.⁵¹

De este banquillo sólo nos consta lo que testificó D. Plicamando de Marimón en el proceso de canonización de Barcelona: “Además el mismo testigo afirmó haber visto en casa del noble Luis de Paguera, principal senador del consejo real de Cataluña, que conservaba con gran veneración un banquillo en el que el Padre Ignacio solía sentarse cuando leía o hacía

cualquier otra cosa".⁵² Se ignora cómo fue a parar a la iglesia de Belén.

2.3. Actividades durante la estancia. La primera estancia de Ignacio en esa casa iba a durar unos veinte días, durante los cuales se ocupó en disponer su viaje a Jerusalén y, entretanto, practicar las obras de devoción y caridad que hacía en Manresa. Dice Juan Pascual que cuando llegaron a Barcelona él y su madre: *"Encontramos al Padre Ignacio contento y ocupado en las obras de caridad que acostumbraba, y ejercitándose en ayunos y oraciones, disciplinas y limosnas, y en visitar cárceles y hospitales, de tal manera que la puerta falsa de nuestra casa parecía puerta de iglesia o de hospital, pues siempre había pobres en ella"*.⁵³

Difícilmente en tan corto tiempo pudo realizar muchas de las actividades que luego en los dos años de estancia en la ciudad llevó a cabo y que los testigos en el proceso de canonización, con gran imprecisión por los años transcurridos, describen en conjunto. El mismo Ignacio confiesa en su autobiografía que: *"Estando todavía aún en Barcelona antes que se embarcase, según su costumbre, buscaba todas personas espirituales, aunque estuviesen en ermitas lejos de la ciudad, para tratar con ellas"*.⁵⁴

El monasterio de los Jerónimos. El peregrino alude evidentemente a los PP. Jerónimos del Valle de Hebrón con las ermitas que tenían esparcidas por la montaña de San Ginés dels Agudells en Horta, al estilo de Montserrat. En el siglo XIX, una de las muchas revoluciones habidas destruyó por completo el monasterio, aunque según los editores de Monumenta, en 1874 se salvó y se conservaba todavía una carta original de San Ignacio, fechada en Roma el 1 de febrero de 1542 dirigida a Isabel Rosés, en la que encomienda a su caridad al P. Araoz que se dirige a Barcelona. La conservación de esa carta como verdadera reliquia pone de manifiesto la devoción de los PP. Jerónimos por la figura de San Ignacio.

En la cercana ermita de San Cipriano había en el retablo del altar mayor una imagen de San Ignacio y un pergamino que en latín y catalán recuerdan la estancia de Ignacio. El texto dice así: *"En esta santa Ermita y Monástica el glorioso Padre y Patriarca S. Ignacio de Loyola, repitiendo con frecuencia los ejercicios espirituales, regó con copiosas lágrimas estas sagradas Aras, y subiendo al R. Monasterio de San Jerónimo, fundado por la Reina D^a Violante, confesaba allí y comulgaba con frecuencia, antes que fundase y fertilizase todo el universo con la caudalosa fuente de la Compañía de Jesús"*.⁵⁵

La tornera de las Jerónimas. Y por lo que se refiere a las otras

personas espirituales, debemos mencionar aquí a Sor Antonia Estrada, tornera del convento de Jerónimas de la Plaza Pedró, a la cual en agradecimiento por la limosna que casi diariamente recibía de su mano, trajo Ignacio de Tierra Santa un cofrecito con unas reliquias que se conservaron largo tiempo en el convento hasta que en 1909 la Semana Trágica las hizo desaparecer.⁵⁶ Según las Memorias del convento: *“Esta misma cajita se conserva al presente con un sobrescrito de la letra propia y de propio puño del mismo santo y con las mismas reliquias que contiene”*.⁵⁷ La autenticidad de estas reliquias sólo es comparable a la impresión de las huellas dejadas por Cristo en su Ascensión, para comprobar la orientación de las cuales se jugó Ignacio la vida. Una de las reliquias llevaba este rotulillo: *“Pedra on lo Angel anuncià la mort a la Verge Maria”*.

De todas formas, bien pudo Ignacio regalar este cofrecito a la religiosa (si es que lo trajo él de Tierra Santa) a su vuelta de Jerusalén sin haberla tratado antes del viaje, en agradecimiento. En los procesos se dice: *“Algunas veces se retiraba a una casa cerca de este monasterio al cual las monjas, movidas por la caridad, le hacían llegar algunas cosas de comer para su manutención”*,⁵⁸ comida que sin duda llevaba la tornera.

3. Preparativos del viaje a Jerusalén.

Dejando para más adelante la descripción de las actividades y personas con las que se encontró el peregrino en Barcelona, en esta su primera estancia, nos limitaremos ahora a los preparativos del viaje a Jerusalén.

3.1. Elección de embarcación. Lo primero encontrar una nave. En el puerto había dos naves dispuestas para Italia: una era un bergantín armado, la otra una nave mayor que estaba lista para zarpar. El peregrino quiso tomar la primera, y según Araoz *“ya tenía dentro algunos librillos”*⁵⁹ (además de aquel libro manuscrito traído por Ignacio desde Loyola, podemos preguntarnos: ¿no estarían también algunos apuntes de los Ejercicios?). Pero la Providencia dispuso un cambio.

Estaba el peregrino un día en la iglesia de los Santos Justo y Pastor sentado en las gradas del altar mayor entre los niños. Según el P. Araoz *“era domingo y una señora principal de Barcelona fuese al sermón, como otras veces solía, y predicaba aquel fraile, muy buen predicador y devoto de esta señora, al cual siempre oía con mucha atención sus sermones; y en comenzando a predicar el fraile, comenzó a mirar esta señora a nuestro Padre, peregrino, que estaba en las gradas y paréceme que oí que le parecía a esta señora que de cuando en cuando le resplandecía el rostro”*.⁶⁰

Isabel Rosés le salva la vida. El P. Rivadeira añade que: “*Esta señora (a lo que ella me contó en Roma) oyendo un día un sermón, vio a nuestro B. Padre (que también le oía) sentado entre los niños en las gradas del altar, y mirándole de cuando en cuando, le parecía que le resplandecía el rostro y que sentía en su corazón una como voz que le decía: ‘llámale, llámale’; y aun cuando por entonces disimuló, quedó tan movida, que en llegando a su casa lo dijo a su marido, que era ciego, y persona principal como ella. Buscaron al peregrino luego, convidáronle a comer, comió, y después les hizo una plática espiritual de que quedaron asombrados y aficionados a él y supieron que aguardaba pasaje para Italia, para donde partía también un obispo pariente de aquel caballero; y aunque estaba ya concertado de ir en el bergantín y tenía no sé qué librillos en él, hicieron tanto que se lo estorbaron, y el bergantín partió y se perdió a vista de Barcelona*”.⁶¹

El nombre de soltera de esta señora era Isabel Ferrer, pero se la llamará siempre Rosés, (también Roser, o Rosell) apellido del marido. Será una de las tres que hará la profesión el día de Navidad de 1545 en manos de Ignacio por expresa concesión del Papa y a la que Ignacio guardará perpetuo agradecimiento. Sin duda por el hecho de haberle salvado la vida con el cambio de embarcación le escribirá el 10 de noviembre de 1532, desde París: “*Os debo más que a cuantas personas en esta vida conozco*”.⁶²

La casa de este matrimonio, lugar de este primer encuentro, preludio de los muchos que seguirán a la vuelta de Jerusalén, recibe el nombre de “*Ca’n Moxó*” y es una casa con fachada esgrafiada que se encuentra exactamente enfrente de la iglesia de los Santos Justo y Pastor. La carta escrita por Ignacio desde Roma el 1 de febrero de 1542 lleva por inscripción: “*A mi en Cto. N. S. hermana, Isabel Roser, en frente de S. Just, en Barcelona*”.⁶³

Compañeros de navegación. La noticia que nos ha dado el P. Rivadeira, avanzada también por el P. Araoz, de que en la nave iba un obispo, pariente del marido, no precisa el nombre del mismo. Los editores de Monumenta no creen probable que fuera Jorge de Austria, tío de Carlos V, como declaró algún testigo en el proceso de canonización.⁶⁴ Quien sí es cierto viajó en la misma nave fue el Procurador de los benedictinos de Montserrat, Mosén Juan Guiot, y su criado Gabriel Perpinyà, a la sazón de quince años de edad, el cual ya sacerdote y a sus noventa años cuenta lo ocurrido en el viaje: “*Tanto por tierra como por mar el dicho Mosen Guiot le hizo el gasto*”.⁶⁵ Por cierto, Perpinyà adelanta ser compañero de viaje con el peregrino ya desde la salida de Manresa y a petición de Ignacio, cosa poco probable y en contradicción con lo dicho por el mismo Ignacio y Juan Pascual. Otro testigo

refiere que Gabriel Perpinyà contaba que: “nunca le vio cenar, sino que, contento, pasaba el día con sólo la comida ofrecida todos los días por dicho Procurador; porque, al verle en un hábito tan grosero y pobre, y tan asiduo en la oración, llamóle a su mesa gratis y por amor de Dios”.⁶⁶ Es de suponer que al peregrino se le renovarían los escrúpulos por haber consentido en llevar comida para el viaje, pues éste era el segundo problema con el que debió enfrentarse.

3.2. Búsqueda de provisiones

Cómo pagar el pasaje. Ignacio pretendía realizar el viaje absolutamente solo y gratis: “Y aunque se le ofrecían algunas compañías, no quiso ir sino solo; que toda su cosa era tener a solo Dios por refugio [...]. Y con estos pensamientos él tenía deseos de embarcarse, no solamente solo, mas sin ninguna provisión. Y empezando a negociar embarcación, alcanzó del maestro de la nave que le llevase de balde, pues que no tenía dineros, mas con tal condición, que había de meter en la nave algún bizcocho para mantenerse, y que de otra manera de ningún modo del mundo le recibirían.

*El cual bizcocho queriendo negociar, le vinieron grandes escrúpulos: ¿esta es la esperanza y la fe que tú tenías en Dios, que no te faltaría? etc. Y esto con tanta eficacia, que le daba gran trabajo. Y al fin, no sabiendo qué hacerse, porque dentrambas partes veía razones probables, se determinó de ponerse en manos de su confesor; y así le declaró cuánto deseaba seguir la perfección, y lo que más fuese gloria de Dios, y las causas que le hacían dudar si debería llevar mantenimiento. El confesor se resolvió que pidiese lo necesario y que lo llevase consigo; y pidiéndolo a una señora, ella le demandó para dónde se quería embarcar. El estuvo dudando un poco si se lo diría; y al fin no se atrevió a decirle más, sino que venía a Italia y a Roma. Y ella, como espantada, dijo: ¿A Roma queréis ir? Pues los que van allá, no sé cómo vienen; (queriendo decir que se aprovechaban en Roma poco de cosas de espíritu). Y la causa por que él no osó decir que iba a Jerusalén fue por temor de la vanagloria; el cual temor tanto le afligía, que nunca osaba decir de qué tierra ni de qué casa era. Al fin, habido el bizcocho, se embarcó; mas hallándose en la playa con cinco o seis blancas, de las que le habían dado pidiendo por las puertas (porque de esta manera solía vivir), las dejó en un banco que halló allí junto a la playa”.*⁶⁷

Intervención de Leonor Zapila. Esta es la narración del mismo Ignacio, pero tenemos un valioso testimonio que nos completa la información. Nos lo proporciona Sor Estefanía de Rocabertí, carmelita descalza del convento

de Barcelona, la cual nos dice que fue su bisabuela Eleonor Zapila quien le pagó a Ignacio las provisiones para el viaje: *“un día, cuando el Padre Ignacio quería embarcarse para ir a Tierra Santa, pasó por la calle Ancha de la presente ciudad, en donde la dicha mi bisabuela tenía casa, y dice que iba entrando por las puertas de dicha calle pidiendo limosna. Al entrar en su casa, mirólo mucho fijamente y, aunque andaba vestido de saco y descalzo, le pareció ser persona bien nacida, conforme a la buena cara que tenía y la piel de las manos regaladas.*

Viendo esto, de pura compasión de ver así a un hombre que le parecía bien nacido, de noble sangre y buen aire, comenzó a reprenderle, diciendo: Usted debe ser un gran pícaro que así se anda por el mundo; mucho mejor sería que volviese a la casa de sus padres, de la cual por ventura habrá huido para andar vagando por esos mundos como un perdido. Oída esta reprensión, recibióla Ignacio con mucha paciencia, y con grande humildad contestó que le daba las gracias por las advertencias que le hacía, confesándole que decía muy bien, porque él era un perdido y gran pecador.

*Con esta respuesta y con la humildad con que la dio, sintió mi bisabuela un espiritual movimiento interior de tanta devoción al Padre Ignacio, que le dio una limosna y provisión de pan, vino y otras cosas que para su sustento debía llevar al bajel en que había de embarcarse”.*⁶⁸

En disculpa de esta señora, cuyo nombre auténtico era Eleonor Ferrer, esposa de Bernardo de Zapila, y a la que Ignacio, llamará siempre “la Cepilla”, hay que notar que un hijo suyo había abandonado su casa para ir por el mundo, dolor que evidentemente mantenía todavía vivo.

A este propósito conviene tener presente que al peregrino le costó siempre memorizar los nombres catalanes. Más adelante veremos hasta qué punto llegó Ignacio en el conocimiento del catalán.

La calle Ancha. Vale la pena también tener presente lo que era en aquel tiempo la calle Ancha. Como se dice en un antiguo callejero de Barcelona: *“Era una de las calles más principales y más extensas de Barcelona, muy distinguida y nombrada en tiempos antiguos por los muchos edificios que en ella se levantaban pertenecientes a nobles familias. Las memorias y dietarios de la ciudad hacen frecuente referencia a grandes casas-palacios, que existían en esta calle. Una de ellas la del duque de Sessa y Soma, donde en 1551 se aposentaron los reyes de Bohemia y Hungría a su paso por esta ciudad; otra que se llamaba casa del Infante, donde en 1538 murió don Fadrique de Portugal; otra titulada del Arzobispo por pertenecer al de Tarragona, la del marqués de Villafranca, la del Conde de Santa Coloma y muchas otras que debían ser notables por su grandeza y majestad.”*

Y una Historia de Cataluña dice: “El 23 de junio de 1519 se hizo con grande solemnidad la procesión del Corpus, en la que el Señor Rey llevaba una vara del palio; el 24, fiesta de San Juan, hubo un magnífico juego de cañas, en el que justó Carlos con gran número de Duques, Condes y Marqueses, y el 26, los Concelleres mandaron hacer gran fiesta de castillos y entremeses, los cuales trabajaron en la calle Ancha, delante de la posada del Rey”.⁶⁹

El P. Creixell, al reproducir estos datos, no puede menos que exclamar: “¿Qué debió sentir el Santo, de noble familia, al presentarse a las puertas de los palacios de aquellos señores como mendigo? ¿Qué al oír las reprensiones tan ásperas y punzantes como la de Doña Leonor Zapila?”

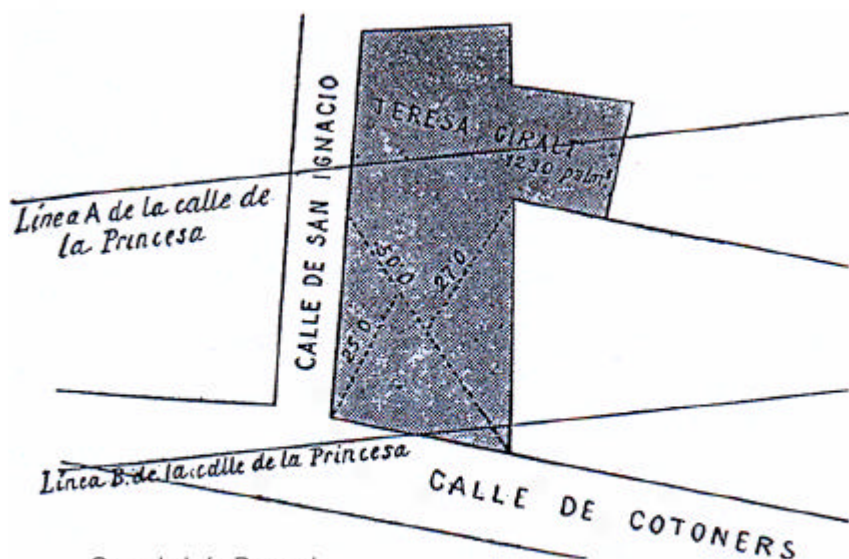
El embarque. La fecha probable del embarque del peregrino fue el 19 de marzo de 1523. Pues Ignacio dice que llegó a Roma el Domingo de Ramos, que ese año fue el 29 de marzo, y además que la navegación hasta Gaeta duró cinco días y podemos poner otros cinco de Gaeta a Roma.

No corresponde aquí exponer lo acaecido durante el año justo que duró la peregrinación a Jerusalén, pero es preciso mencionar una larga carta del mismo Ignacio narrando lo ocurrido y enviada desde Jerusalén a Inés Pascual. Lamentablemente este precioso documento se ha perdido, pero el hecho de escribirlo nos indica los profundos vínculos de aprecio y gratitud que se habían establecido entre ambos. Dice Ignacio en la autobiografía: “*el peregrino empezó a escribir cartas para Barcelona para personas espirituales. Teniendo ya escrito una y estando escribiendo la otra, víspera de la partida de los peregrinos, le vienen a llamar de parte del provincial...*”.⁷⁰ Esta carta, ya escrita, es sin duda la que Juan Pascual en su relato de 9 de marzo 1582 dice haber poseído: “*Otras mil cosas suyas tenía, como las alforjas en que llevaba y traía las limosnas para los pobres, y cartas de su mano y toda la peregrinación que hizo desde Roma a Tierra Santa, también de su mano. Pero todo lo he dado con gusto a los Padres de la santa religión y Compañía; pues no hay mesa, cama, ladrillo ni lugar en mi casa que no sea reliquia suya*”.⁷¹

Y en el proceso de Barcelona lo mismo testifican las hijas, añadiendo que la carta era: “*muy larga de tres hojas*”.⁷²



Plano del año 1439 del barrio en que vivió S. Ignacio



Casa de Inés Pascual

Plano del año 1852 para proceder a la apertura de la calle Princesa

SEGUNDA ESTANCIA EN BARCELONA

Casi un año exacto transcurrió entre la salida de Barcelona hacia Jerusalén y su vuelta a mediados de marzo de 1524. Había comenzado su peregrinación con la firme resolución de no volver, como dice Polanco: “*puesto que tenía decidido permanecer en Jerusalén si le era posible*”,¹ y había resultado imposible.

Este deseo de empaparse del ambiente y vida de Cristo, concebido desde el primer momento de su conversión en Loyola, lo seguirá manteniendo y lo inculcará a los nueve primeros compañeros de París como nos cuenta Laínez: “*hicimos voto de ejecutar nuestra intención, e ir, si pudiésemos, a los pies del Papa Vicario de Cristo, y pedir licencia para ir a Jerusalén y quedarnos allá, si hubiese oportunidad y servicio de Dios para aprovechar a nosotros y a los otros, así fieles como infieles; y si no hubiese oportunidad para ir a Jerusalén dentro de un año, ni de quedar allá si fuésemos, declaramos en el voto, que no entendíamos obligarnos más al ir o quedar, mas sólo presentarnos al Papa y cumplir su obediencia, yendo donde quiera que nos enviase*”.² Los compañeros ni siquiera pudieron cumplir la primera parte del voto.

1. Los estudios

Así, pues, se le presentaba el problema de resolver su futuro. “*Después que el dicho peregrino entendió que era voluntad de Dios que no estuviese en Jerusalén, siempre vino consigo pensando qué haría, y al final se inclinaba más a estudiar algún tiempo para poder ayudar a las ánimas, y se determinaba ir a Barcelona*”.³ Tiempo tuvo para tomar esta alternativa, en la cual aparece con fuerza lo que será uno de los elementos sustanciales de la Compañía, la ayuda al prójimo. Y todavía más en concreto se proponía lo que haría después de haber estudiado: “*Cuando el peregrino en Barcelona consultaba si estudiaría y cuánto, toda su cosa era sí, después que hubiese estudiado, si entraría en religión o si andaría así por el mundo. Y cuando le venían pensamientos de entrar en*

religión, luego le venía deseo de entrar en una estragada y poco reformada, habiendo de entrar en religión, para poder más padecer en ella, y también pensando que quizá Dios les ayudaría a ellos”.⁴ Y Laínez explicitará más todavía el pensamiento de Ignacio: “Pero, viendo que él era llamado a ayudar a los otros, decía que más bien habría querido ser conventual que observante, para poder ayudar a los otros”.⁵

1.1. El Estudio General de Barcelona. El siguiente problema era elegir maestro. “Llegado a Barcelona comunicó su inclinación de estudiar con Isabel Roser, y con un maestro Ardévol, que enseñaba gramática. A entrambos pareció muy bien, y él se ofreció enseñarle de balde, y ella de dar lo que fuese menester para sustentarse”.⁶

Todo se le ponía de cara al futuro estudiante. Cualquiera hubiera aceptado de inmediato el ofrecimiento. Pero sin duda el recuerdo del incipiente apostolado que había ejercitado el año anterior en Manresa, le movió a probar suerte primero allá: “Tenía el peregrino en Manresa un fraile, creo que de San Bernardo, hombre muy espiritual, y con éste deseaba estar para aprender, y para poderse dar más cómodamente al espíritu, y aun aprovechar a las ánimas. Y así respondió que aceptaba la oferta, si no hallase en Manresa la comodidad que esperaba. Mas, ido allá, halló que el fraile era muerto”. Algunos historiadores han afirmado erróneamente que se trataba de un monje benedictino y por consiguiente del apartado monasterio de Sant Benet de Bages, cuando en realidad se trata de un monje de San Pablo, priorato dependiente de Poblet y por tanto cisterciense, el cual estaba situado muy cerca de la cueva del Cardoner tantas veces visitada por Ignacio.⁷

No estará de más observar que habiendo conocido Ignacio la muerte de este posible preceptor, ni siquiera se le ocurre subir a Montserrat en busca de otro maestro, bien su antiguo confesor Chanones u otro monje, pues bien sabía que allí “no podría aprovechar a las ánimas”.

“y así, vuelto a Barcelona, comenzó a estudiar con harta diligencia”.⁸

Aun cuando, desde 1450, poseía Barcelona el privilegio, concedido por el rey Alfonso V de Aragón y el Papa Nicolao V, para fundar la Universidad, no se construyó el edificio apropiado hasta 1536 en el extremo de las Ramblas, hoy denominado de Canaletas. En el intervalo se habilitaron varios edificios para diversas enseñanzas, entre ellos el de la calle Boria, nº 3, para el de la gramática.

La apertura de la Vía Laietana, en el pasado siglo, obligó a derribar todas las casas del principio de la calle Boria, de manera que hoy día ésta empieza en el lado montaña por el nº 17. El Estudio General debía ocupar más o menos el lugar de la hoy llamada plaza del Ángel, precisamente donde está la

hornacina con el Ángel.

A pesar de la fundación oficial de la Universidad a mitad del siglo XV, la plena actividad del Estudio General no empezó a afianzarse hasta el siglo siguiente. En cambio, florecieron las escuelas privadas. Ello dio motivo a la Ordenación de 25 de abril de 1508, por la que se erigen los Estudios Generales con cuatro cátedras: de Gramática, Lógica, Filosofía natural y Filosofía moral; se especifican las materias y textos; y se determinan los sueldos de los maestros y sus diversas categorías. El plan de estudios y los libros de texto utilizados por Ignacio no debieron ser muy diversos.

El P. Ribadeneira en la vida de Ignacio pone ya en Barcelona el encuentro con Erasmo: “*Prosiguiendo, pues, en los ejercicios de sus letras, aconsejéronle algunos hombres letrados y píos, que para aprender bien la lengua latina y juntamente tratar de cosas devotas y espirituales, que leyese el libro De milite Christiano, que quiere decir De un caballero cristiano, que compuso en latín Erasmo Roterodamo. Y entre los otros que fueron de este parecer, también lo fue su confesor*”.⁹ También Polanco pone en Barcelona esta lectura¹⁰ aunque, según el parecer de algunos historiadores, se adelanta a Barcelona algo sucedido poco más tarde en Alcalá. De todas maneras, la lectura de Erasmo hubo de ser evidentemente muy al final de sus estudios de gramática y pronto dejó esta lectura por la turbación que le causaba.¹¹

Si leyó el libro “De milite christiano” Ignacio lo encontraría sin duda en casa, en la pequeña biblioteca del hermano de Inés, el sacerdote Francisco Pujol, como afirma Juan Pascual: “*tuvo siempre a su alcance la librería que en ella teníamos del dicho Antonio Pujol, mi tío*”.¹²

1.2. Los maestros y condiscípulos. El maestro de Ignacio se llamaba Jerónimo y era natural de La Fatarella (Tarragona), diócesis de Tortosa. Casó con Margarita Mestre el 9 de setiembre de 1535, de la cual tuvo cuatro hijos, Miquel, Jeroni, Jaume y Bartomeu. Falleció el 12 marzo de 1551. A su segundo hijo, llamado también Jerónimo, sacerdote y beneficiado de Santa María del Mar, se le confunde a veces con su padre como maestro de Ignacio.

Cuando a mediados de marzo de 1524 Ignacio llega a Barcelona, el bachiller Ardévol no tiene todavía la cátedra de Gramática, como tampoco todavía en el curso 24-25, sino sólo en el 25-26 como consta en el libro de cuentas del Estudio General: “*Jerónimo Ardévol, bachiller en artes, regente de la cátedra de gramática*” y se le pagan “*XX libras como complemento de su salario que ha comenzado en la fiesta de San Lucas próximo pasado*”.¹³ Ahora bien, Ardévol antes de poseer la cátedra era uno de los bachilleres o repetidores de los que también hablan las Ordenaciones de 1508 y que debían ser abundantes. Es más, debió ser profesor especial, categoría aceptada por las

Ordenaciones con menor sueldo, por la cual pudo enseñar a Ignacio privadamente. Así se entiende el ofrecimiento de enseñar a Ignacio “de balde”, ya que como maestro en el Estudio nada podía recibir directamente de su alumno porque la enseñanza en el Estudio era gratuita. Con esta preparación, pudo Ignacio asistir desde octubre de 1525 a las clases de su maestro nombrado precisamente para aquel curso 1525-26 catedrático de gramática. Así pues la Universidad de Barcelona puede gloriarse de contar entre sus primeros alumnos a Ignacio de Loyola.

En el proceso de Barcelona, Francisco Calca da cuenta cómo en París el P. Jerónimo Doménech, gran amigo suyo, le contó muchas cosas de Ignacio, *“pero lo referente a los estudios lo sabe por relación de Bernardo Xivaller que se lo ha contado, el cual Bernardo era sobrino de la señora Ángela Pascual”*. Según este testigo, intervino también en las gestiones para la admisión en la escuela de Ardévol *“un sacerdote que se llama Pujalt”*, y añade además: *“y el testigo lo sabe por relación del dicho Xivaller, que Ignacio se había hecho amigo de un tal Nicolai, sacerdote de la iglesia del Pino, de la presente ciudad de Barcelona, el cual ayudaba al dicho Padre Ignacio en el estudio de la gramática”*.¹⁴ Es decir que Ignacio tuvo además gratis un repetidor. Así se confirma lo dicho por algún testigo, que tuvo a Ardévol *“entre otros maestros”*.¹⁵

El año 1532 Ardévol junto con otros tres compañeros de profesorado fundaron un centro de estudios de gramática y humanidades. Estos eran: Martín Ivarra, Cosme Mestre y Arnau de Sant Joan. El primero de los tres le había precedido en la cátedra de gramática y el tercero fue el sucesor. Podemos, pues, suponer que por lo menos conocieron y trataron a Ignacio.

Compañeros de curso. Todos los testigos que conocieron a Ignacio en esa época de estudios se hacen eco de su humildad y aplicación. Uno de los testigos en el proceso remisorial de 1606 de Barcelona fue el canónigo de la catedral Onofre Pablo Cellers, el cual dice haber conocido a Ignacio sólo de oídas, especialmente de Miguel Sarrovira y Miguel Canyelles, a los cuales presenta como condiscípulos de Ignacio con el maestro Ardévol.¹⁶

También el canónigo Pablo Pla menciona a un tal prepósito de la sede Barcinonense, llamado Gabriel Font *“que fue en la gramática condiscípulo del dicho Padre Ignacio, oyendo gramática en la presente ciudad a G. Ardévol”*.¹⁷

Algunos historiadores señalan también como condiscípulo al célebre misionero de Etiopía P. Antonio Montserrat SJ, natural de Vic, aunque lo confunden con su padre.¹⁸

Es muy interesante el testimonio del Abad de Montserrat, Antonio Jutge, en el mismo proceso, el cual declaró que él personalmente no había

conocido tampoco al P. Ignacio pero que en el año 1570, cuando profesó, había en el monasterio algunos monjes ancianos que sí lo habían conocido y entre ellos *“oyó principalmente del hermano Jerónimo Lauret, Abad de San Feliu de Guíxols, de esta Orden, que en el tiempo en que él estudiaba en el Estudio de Barcelona, cierto día vio al Padre Ignacio en dicho Estudio en el cual también estudiaba y que era de edad proveya y era objeto de burla por los escolares, que le molestaban, y el Padre Ignacio todo lo soportaba pacientemente con gran caridad y humildad, y les pedía que le repitieran la lección”*.¹⁹

Y aunque no se refiera a los estudios vale la pena recoger a este propósito el testimonio de Gabriel Canyelles, adolescente adoptado por Inés Pascual desde su infancia y que vivía en la misma casa: *“y algunas veces en aquel tiempo yo siendo mozo me burlaba con Juan Pascual del Padre Ignacio, porque lo veía tan recogido”*.²⁰

1.3. Dificultades en los estudios. La primera dificultad fue la de la devoción, como dice el P. Nadal: *“Y comenzando a decorar, tenía tanta devoción y consolación que no se podía valer”*.²¹ El mismo Ignacio nos lo explica: *“Mas impedíale mucho una cosa, y era que, cuando comenzaba a decorar, como es necesario en los principios de la gramática, le venían nuevas inteligencias de cosas espirituales y nuevos gustos; y esto con tanta manera, que no podía decorar, ni por mucho que repugnase las podía echar.”* Pero el profundo sentido de reflexión y conocimiento de espíritus, adquirido ya por Ignacio, le lleva a descubrir: *“Y así pensando muchas veces sobre esto, decía consigo: Ni cuando yo me pongo en oración y estoy en la misa me vienen estas inteligencias tan vivas; y así poco a poco vino a conocer que aquello era tentación”*. Y de la manera tajante y decidida a que nos tiene acostumbrados resuelve la situación: *“Y después de hecha oración se fue a Santa María del Mar, junto a la casa del maestro, habiéndole rogado que le quisiese en aquella iglesia oír un poco. Y así sentados, le declara todo lo que pasaba por su alma fielmente, y cuán poco provecho hasta entonces por aquella causa había hecho; mas que él hacía promesa al dicho maestro, diciendo: Yo os prometo de nunca faltar de oiros estos dos años, en cuanto en Barcelona hallare pan y agua con que me pueda mantener. Y como hizo esta promesa con harta eficacia, nunca más tuvo aquellas tentaciones”*.²² El P. Rivadeneira pinta la escena con mayor cobrismo: *“Y con esto, échase a los pies del maestro y ruégale una y muchas veces muy ahincadamente que muy particularmente le tome a su cargo, y le trate como al menor muchacho de sus discípulos, y que le castigue y azote rigurosamente como a tal, cada y cuando que le viesse flojo y descuidado”*.²³

La casa del maestro Ardévol aludida, se encontraba al comienzo de la

calle Mirallers, se ignora el número, que desemboca enfrente mismo de la puerta lateral de la basílica, llamada dels Sombrerers. A lo menos así consta en varios documentos del archivo parroquial de Santa María del Mar, relativos a su hijo sacerdote, por lo cual podemos suponer que también allí vivió su padre.²⁴

La segunda dificultad o tentación para los estudios tuvo su origen en su afán de penitencia que todavía le acompañaba. *“El dolor de estómago que le tomó en Manresa, por causa del cual tomó zapatos, le dejó, y se halló bien del estómago desde que partió para Jerusalén. Y por esta causa estando en Barcelona estudiando, le vino deseo de tornar a las penitencias pasadas; y así empezó a hacer un agujero en las suelas de los zapatos. Íbalos ensanchando poco a poco, de modo que, cuando llegó el frío del invierno, ya no traía sino la pieza de arriba”*.²⁵ Extremo éste atestiguado, entre otros, por Estefanía de la Concepción, *“iba casi sin calzado”*²⁶ y por Ana de Rocabertí: *“con los pies descalzos, es decir sin suelas”*.²⁷

El vestido que al final de su estancia en Manresa le habían confeccionado y con el cual entró en Barcelona debió llevarlo durante toda la peregrinación a Jerusalén, además de los zapatos. Ahora a su vuelta, nos dice Juan Pascual: *“Mi madre logró que cambiara y dejara el vestido de peregrino, vistiendo un hábito negro, honesto, como un cura y con este traje anduvo todos los años que estuvo en Barcelona y con el mismo se fue a estudiar a París”*.²⁸

Son incontables los testimonios de la vida austera y penitente de Ignacio en este tiempo. Cuando en 1606 los jueces remisoriales visitan la casa de Inés Pascual y describen la habitación en donde dormía el Padre Ignacio manifiestan que *“todavía hoy día se ven algunas señales, en las cuales hubo sangre derramada por los azotes, según dicen Aurora, Ángela e Inés, hijas de Juan Pascual”*.²⁹

Como resumen de la vida penitente de Ignacio bastará transcribir parte de los testimonios, bien elocuentes, de las tres hermanas. Dice Aurora: *“Y aunque la abuela de la testigo, le quería proveer la cama de buena ropa, él por castigar más su carne, no lo quería, y dormía de buena gana sobre las tablas muchas veces”*.³⁰

La otra hermana Inés declara *“que de pura flaqueza vino a caer en una gran enfermedad, de la cual se habría muerto, si Inés Pascual, abuela de la testigo, que entonces gobernaba la casa de dicho su padre, no lo hubiera bien gobernado con buenos caldos, que fue necesario hacerle caldos secos, aunque oyó decir la testigo al dicho su padre y a otros que tenía gran trabajo en hacérselos tomar porque decía el dicho Padre Ignacio: Dejemos padecer este corpachón! Salvemos las almas!”* y prosigue su testimonio relatando diversas formas de penitencia.³¹

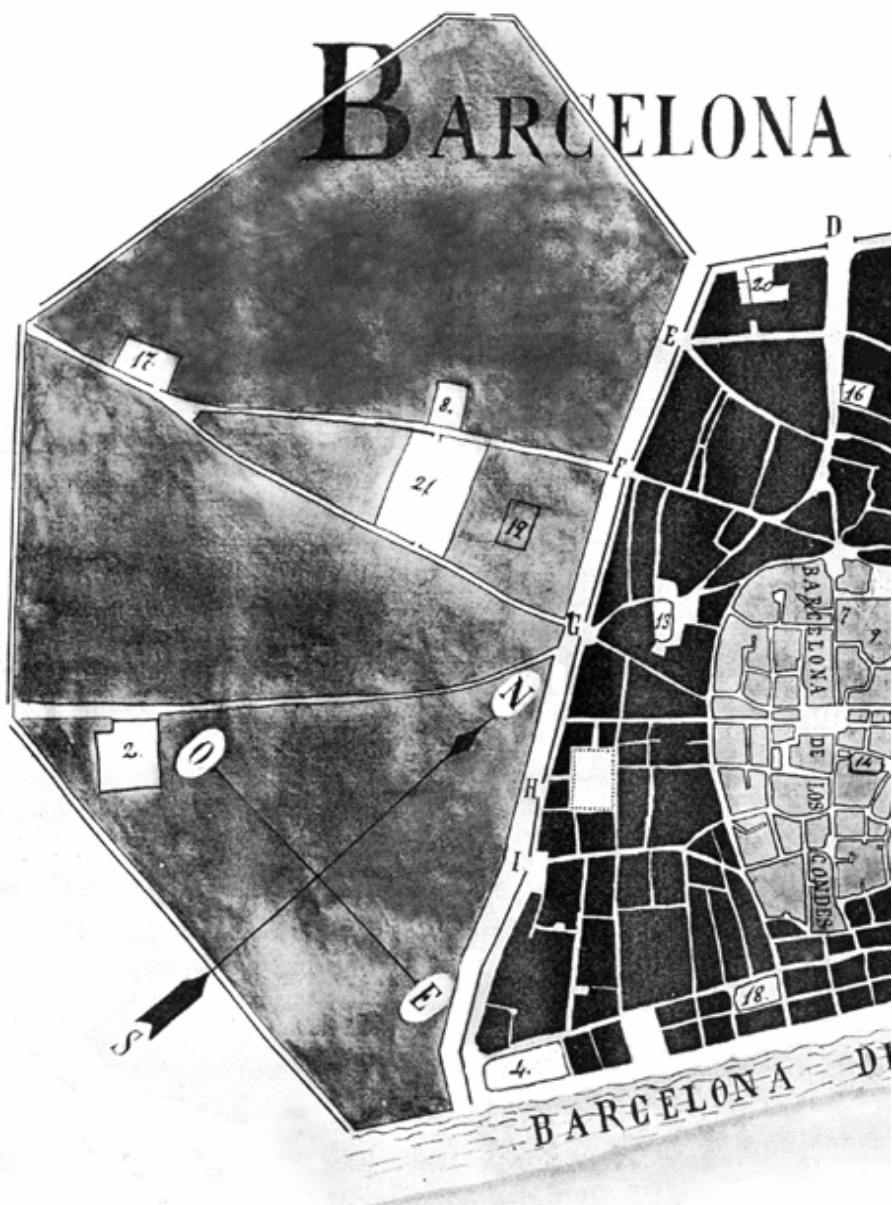
Y Ángela, la tercera hermana, además de narrar los subterfugios de Ignacio para no ser descubierto en sus penitencias, narra el final de tan horrenda penitencia: *“no quería comer a mesa, sino arriba en su habitación, y si acaso le enviaban pan u otro alimento delicado, lo guardaba y daba a los pobres hasta el punto que vino a enflaquecer mucho; y teniendo remordimiento de ello Inés Pascual, abuela de la testigo, lo dijo al confesor del dicho Padre Ignacio, el cual le mandó en virtud de obediencia, que comiese a la mesa de la dicha Inés Pascual y tomase el alimento ordinario, para poderse sustentar mejor en los estudios; y también le mandó que se quitase el cilicio áspero que llevaba”*.³² Juan Pascual dice que el confesor Diego de Alcántara le mandó quitarse el cilicio con ocasión de la enfermedad causada por la paliza de que se hablará más adelante.³³

Examen final. Tenía Ignacio 36 años al finalizar el curso 1525-26, dispuesto ya a emprender los estudios de filosofía en orden al sacerdocio. *“Acabados dos años de estudiar, en los cuales, según le decían, había harto aprovechado, le decía su maestro que ya podía oír Artes, y que se fuese a Alcalá. Mas todavía él se hizo examinar de un doctor en teología, el cual le aconsejó lo mismo”*.³⁴

Muy benévolo debieron ser los examinadores teniendo presente, es de suponer, la edad avanzada del estudiante porque el mismo Ignacio reconoció la necesidad de avanzar en la materia a su llegada a París en febrero de 1528. Hasta el comienzo del curso siguiente: *“iba a estudiar humanidad a Monteagudo. Y la causa fue porque, como le habían hecho pasar adelante en los estudios con tanta prisa, hallábase muy falto de fundamentos; y estudiaba con los niños, pasando por la orden y manera de París”*.³⁵

Intervención del confesor. Ha aparecido un par de veces la figura del confesor de Ignacio. Dos son los personajes que se aducen, y por cierto según el mismo testigo Juan Pascual, como confesores de Ignacio: *“Se confesaba con un Padre de San Francisco, que vivía en el Jesús, monasterio de aquella orden, que está a las afueras de las murallas de Barcelona, llamado el Padre Fray Diego de Alcántara, gran religioso y siervo de Dios, que era el confesor de mi madre”*.³⁶

BARCELONA



Las tres
1. San Pedro de las Puellas. — 2. San Pablo del Campo. — 3. Capilla de Marcús. — 4. Dormi
Calzados. — 9. Catedral. — 10. Santa Agata. — 11. San Agustín. — 12. Santa María del Mar. —
nimas. — 18. La Merced. — 19. Jerusalén (franciscanas). — 20. Santa Ana. — 21. Hospital. — 22. Ll
del Angel. — E. Portal de Santa Ana. — F. Portal de la Puertaferri. — G. Portal de la Bouqueri

EN EL SIGLO XVI.



murallas de Barcelona

torio de San Francisco. — 5. Santa Catalina. — 6. Junqueras. — 7. Santa Lucía. — 8. Carmelitas
13. Nuestra Señora del Pino. — 14. San Justo. — 15. Santa Clara. — 16. Monte Sión. — 17. Jeró-
nimo de Lull. — A. Portal de San Daniel. — B. Portal Nuevo. — C. Portal de Junqueras. — D. Portal
la. — H. Portal de Trentacans. — I. Portal de Dressana.

El convento de Santa María de Jesús ocupaba el lugar aproximado del Colegio de Lestonnac en la calle Aragón. En el mismo habían vivido San Pedro de Alcántara y San Salvador de Horta. También San Francisco de Borja, Virrey de Catalunya, tuvo confesor de ese convento.

En cambio al narrar el apaleamiento que sufrió Ignacio a causa de sus intentos de reforma del monasterio de las monjas dominicas de Ntra. Sra. de los Ángeles dijo Juan Pascual: *“Tenía entonces el Padre Ignacio un clérigo, varón santo que se llamaba mosén Pujalt, por confesor”*.³⁷ Y el P. Pedro Gil afirma también con esta ocasión que el sacerdote *“llamado Pujalt, varón ejemplar, que era el confesor de Ignacio”* fue apaleado con él.³⁸

Tal vez las dos versiones sean verdad. Al fraile franciscano lo tuvo como confesor al principio de su llegada a Barcelona, recomendado por Inés Pascual. A él se le debería el prudente consejo de remitir en las penitencias. Luego Ignacio buscaría otro confesor más a mano en el sacerdote, acompañante de sus tareas apostólicas. Este sería el que le aconsejó leer a Erasmo, según G^a Villoslada,³⁹ y hasta podría ser el benévolo teólogo que le aprobó el examen de latín.

2. Vida ejemplar.

El ejemplo de hombre piadoso y lleno de Dios pronto le granjeó un respeto y veneración extraordinarios en la Ciudad. Debía haber ya superado el miedo a que le tuvieran por santo que tanto le atormentó en Montserrat y Manresa pues no aparece el más mínimo rastro de ello.

2.1. Pedía limosna. Para su persona no tenía necesidad alguna de pedirla, pues tenía, no sólo los estudios, sino la vida asegurada. Éste es uno de los hechos incontestables de casi todos los testigos. Y los motivos eran sin duda dos: compartir la vida de los menesterosos y ayudarles con lo que recogía. Juan Pascual dice que *“la puerta falsa de nuestra casa parecía la puerta de una iglesia o de un hospital, pues siempre había pobres en ella”*,⁴⁰ y los jueces remisoriales al visitar la casa describen: *“En una de las puertas hay unas rejas de madera, por las que, como se dice, el Padre Ignacio distribuía a los pobres mucho de los panes y limosnas que para sí mendigaba”*.⁴¹ La lista de personas principales que le quedaron aficionadas y le ayudaban con limosnas es notable. Baste el testimonio de Ángela Pascual, hija: *“Y con tanto fervor se empleaba en las obras de misericordia que el pan blanco y tierno que dicho Padre Ignacio mendigaba de las casas de la señora doña Guiomar Gralla y Desplà, abuela del Ilmo. Marqués de Aitona; y de doña Isabel de Requesens y de Boixadors, abuela del dicho Ilmo. Sr. Conde de Zavalla; y de doña Estefanía*

de Requesens y de Zúñiga, madre del Comendador mayor de Castilla, y algunas casas principales de la presente ciudad, él lo guardaba y distribuía entre los pobres vergonzantes y más necesitados".⁴²

No solamente iba por las casas o palacios a recoger limosnas sino que tenía su sitio habitual de mendigo en la iglesia de Santa María del Mar, su Parroquia. Entrando en la basílica por la puerta lateral de la calle Sombrerers, en la primera capilla a mano derecha, exactamente bajo la pila del agua bendita, hay una lápida de mármol oscuro que recuerda el lugar donde se sentaba Ignacio a pedir limosna. Dice así: "*Sentado en esta grada pedía limosna San Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Jesús en MDXXIV y MDXXV*".

La traducción del documento perteneciente al Ceremonial de la Obra de la Basílica, fol. 136, y que recoge la tradición que señala el lugar exacto nos ahorra cualquier otra explicación: "*A 1º de marzo de 1717, día en que tomaron posesión de Obrers los señores.... conferenciaron de cuánta incomodidad era para los parroquianos el encontrarse las pilas del agua bendita tan altas, y también la irreverencia que causaba al templo por experimentarse que muchos oficiales militares se ponían en la esquina del coro que mira a Sombrerers mirando a las señoras que habían de hacer la natural acción de alzarse y ser preciso enseñar parte de las piernas, no escapando muchas a la murmuración y calumnia de los que las miraban. Por eso, para evitar tales irreverencias y para que todos los cristianos pudiesen ganar el gran beneficio de los perdones por medio del agua bendita resolvieron el mismo día rebajar a una altura proporcionada las seis pilas de los tres portales, esto es: Mayor, Moreras y Sombrerers, y el día 2 de marzo se puso en ejecución y costó de mano de obra y materiales, cuatro doblas. Después de haberse rebajado se experimentó que los poyos quedaban muy cercanos a las pilas y resolvieron desmocharlos porque los niños y los perros llegaban; y todos se rebajaron menos el de la mano derecha del que entra por los Sombrerers, por tener noticia los señores Residentes que en aquel poyo pedía limosna San Ignacio y por esa razón sólo se tocó un poco*".⁴³

Téngase presente, para la correcta comprensión del documento, que el templo de Santa María del Mar tenía un gran coro de madera en el centro de la nave, como en tantas catedrales españolas, y que por otra parte la restauración de la basílica, después del pavoroso incendio provocado en 1936, ha colocado dos gradas en lugar de un único poyo, como era el que había.⁴⁴

2.2. Vida de oración. Uno de los aspectos fundamentales de que se hacen eco todos los testigos en el proceso de beatificación es su recogimiento y espíritu de oración, sin olvidar algunas manifestaciones externas de la sublimidad de su unión con Dios. Anotaremos también aquí sólo algunos

testimonios particularmente interesantes de las personas más cercanas a Ignacio, pues deberíamos reproducir los procesos por entero.

Y en primer lugar Juan Pascual quien en 1582 recuerda el tiempo de su adolescencia. *“Dormía casi cada noche en tierra sin meterse en cama y pasaba la mayor parte de ella en oración de rodillas a los pies del propio lecho y bastantes noches lo observaba y veía la habitación llena de resplandor y a él en el aire de rodillas, llorando y suspirando y diciendo: ‘Dios mío, y cuán infinitamente sois bueno, pues lo sois para sufrir a quien es tan malo y perverso como yo’”*⁴⁵ Frase ésta reproducida en castellano en el testimonio, como también las de los siguientes testimonios que se ponen en boca de Ignacio.

Particularmente delicado es el testimonio de Aurora recordando lo que su padre le había contado: *“cuando al despertarse lo veía de rodillas en tierra con las manos juntas y otras veces brazos en cruz, haciendo oración delante de un Cristo que allí tenía y le oía decir palabras y exclamaciones grandísimas de gran piedad y contrición con muchas lágrimas y gemidos que le salían del interior de su corazón que movían a gran lástima y devoción al dicho padre de la testigo; y temiéndose el Padre Ignacio que el dicho padre de ella no lo hubiera oído y no se despertase por poco que se moviese, se alzaba de la oración y le decía con mucho halago y amor: ‘Hijo ¿no dormís? Dormid, dormid’. Y también decía el padre de la testigo que cuando él estaba en la cama y el Padre Ignacio hacía estos santos ejercicios, se hacía muchas veces el dormido para observarlo”*.⁴⁶

El testimonio de la hermana Inés es significativo porque se refiere a otro momento de la vida cotidiana: *“cuando en la casa del dicho Pascual comían los sobredichos en compañía del Padre Ignacio, se elevaba sobre ellos, lanzando el espíritu a Dios y sus ojos a la figura de una Cena del Señor que estaba en la pared delante de donde comían, y que en la dicha casa fue visto por ellos arrebatado en oración muchas veces, respirando sin tener uso de sus sentidos, teniendo la cara resplandeciente, diciendo siempre aquellas palabras: Oh Señor, si los hombres os conociesen, no os ofenderían, sino que os amarían”*.⁴⁷

2.3. Fama de santidad. El que lee los testimonios de los procesos de canonización, y en concreto los de Barcelona, no puede menos que asombrarse ante la veneración y altísimo concepto de santidad que dejó Ignacio en Barcelona. Hay que admitir que los casi 80 años transcurridos entre la estancia y los procesos, por un lado, y el prestigio que la Compañía iba adquiriendo, por otro, podían influir en el tenor de los testimonios, pero la coincidencia de muchos de los hechos relatados por personas diversas no se inventa.

La vida externa de religiosidad y vida cristiana de aquel pobre advenedizo en la sociedad barcelonesa ya llamaba la atención. Aurora Pascual dice: *“Era muy devoto y hacía gran oración e iba por las iglesias y en particular a la capilla de Santa Eulalia de la Seo, oía misa, vísperas y completas, en lo cual tenía muy grande y particular devoción y hacía de continuo oración y también en otras iglesias de la presente ciudad”*.⁴⁸ Y su hermana Ángela completa la descripción: *“tenía devoción en confesar y comulgar, cuando estaba aquí en Barcelona y en casa del dicho su padre, de ocho en ocho días y recuerda que frecuentaba dicho sacramento, según decían los dichos Pascual y Canyelles, en la iglesia de Santa María del Mar, de la cual era parroquiano, en donde tenía gran devoción al altar de Santa María”*.⁴⁹

Pero toda su compostura, amabilidad y humildad en el trato producían un efecto de atracción espiritual hacia su persona que todos los testigos no cesan de poner de relieve. Inés dice que ha oído decir a su padre y a Miguel Canyelles y Juan Torres, los ahijados de Inés Pascual, que *“le daban matraca diciéndole palabras descomedidas, representándole que, si era caballero y hombre noble, cómo iba de aquella manera y otras cosas, como gente joven que eran, y que la abuela los reprendía mucho y el dicho Padre Ignacio decía que los dejara decir, que decían muy bien, que más merecían sus culpas; y cuanto más le decían, más paciente y humilde se mostraba”*.⁵⁰

Para salirnos del ambiente de la familia Pascual y como expresión del efecto público que producía la figura de Ignacio bastará el testimonio de Sor Estefanía de la Concepción, la cual aduce estas palabras de su madre Ana de Rocabertí: *“Mira, hija mía, te hago saber que si hubieses visto andar, como yo, al Padre Ignacio por Barcelona, te habrías hecho también devota de él, como yo lo he sido y soy, porque andaba y trataba con una santidad y humildad tan grande que me admiraba de ver en su persona una penitencia tan grande y el rostro que parecía resplandecer, y cuando respondía a las palabras que le decían, eran tan eficaces que penetraban en el corazón de las personas que le oían”*.⁵¹

2.4. Hechos espectaculares. Antes de pasar a la narración de las actividades apostólicas, es preciso consignar algunas de las manifestaciones más notables que relatan los testigos en el proceso de canonización, como muestra de la santidad de Ignacio.

Muerte de Inés Pascual. Ignacio supo en Roma la muerte en Barcelona el 09.04.1548 de su gran valedora Inés antes de que le fuera comunicada. Toda la familia Pascual en el proceso de canonización de 1595 así lo testificó⁵² casi con las mismas palabras.

El mismo Juan Pascual contó en 1578 al P. Pedro Gil, postulador de la causa de canonización, que “*el P. Araoz escribió al P. Ignacio de la muerte de la Pascuala y que el P. Ignacio le respondió que antes que tomase la pluma lo sabía, y que rogase por ella y tuviese encomendado a su hijo*”.⁵³ Así es como se hace constar en el proceso de canonización⁵⁴, aunque ni la carta de Araoz, que asistió a la moribunda, ni la respuesta de Ignacio se han conservado.

Futuro de Juan Pascual. En el mismo relato dice el P. Gil: “*Al dicho Juan Pascual, cuando se despidió de él la postrera vez, le dijo que sería casado y tendría grandes trabajos. Y así fue, que poco después, siendo menestral harto rico, perdió en un año pasados de novecientos ducados y otros trabajos innumerables.*”

Juan tuvo tres hijos y cuatro hijas. Según se describe en el Proceso, el primero, llamado también Juan, nació sordomudo. El segundo, llamado Andrés, perdió la razón de joven y vivió loco e inútil unos veinte años, o como afirma la madre “*a causa de los muchos estudios y la vida difícil que llevaba, según parece, perdió el uso de la razón y se volvió loco; y así vivió quince o dieciséis años*”. El tercero, Pedro, con su vida mundana y desordenada causó gran dolor y pesar a sus padres, aunque al fin se convirtió. Y a todo ello el marido le decía: “*Ángela, estos trabajos nos pasan para que se cumpla la profecía del P. Ignacio que esto es lo que el dicho P. Ignacio había profetizado o predicho*”.⁵⁵

De las cuatro hijas, Magdalena, que debió morir joven pues no aparece como testigo en el Proceso como sus tres hermanas, Ángela, Aurora e Inés, sólo pudo casar a Aurora. Las otras tres vivieron con sus padres.

Los negocios no le fueron bien al algodonerero y se arruinó. Varios testimonios narran con detalle el quebranto padecido en su negocio del algodón. Miguel Canyelles, algodonerero, explica que un tal Seguer, comerciante y vecino de Cádiz, se quedó con una gran cantidad de mercancía sin abonar el importe⁵⁶. Y Juan Castellet, también algodonerero, atribuye la causa de la ruina al hundimiento de una nave que transportaba gran cantidad de mercancía;⁵⁷ tal vez fuera éste el infundio propalado por el mercader gaditano. La religiosa Estefanía de la Concepción, Carmelita Descalza, aduce también el hecho, por otra parte conocido, aunque como los anteriores testigos, sin relacionarlo con la predicción ignaciana.⁵⁸ Pero todos ponen de relieve la aceptación de los designios de Dios y la resignación con que Juan Pascual soportó la ruina y la pobreza, hasta el punto que hubo de ser ayudado económicamente por la Compañía en memoria y agradecimiento a su madre. El P. Aquaviva mandó, a la muerte de Juan, que el socorro continuara prestándose a su viuda.

Lisanio vuelve a la vida. Un hecho de signo completamente distinto le

sucedió a Ignacio volviendo del monasterio de los Ángeles, al que nos referiremos más adelante, cerca del portal de San Daniel pero ya dentro de la ciudad. También en este caso el número de testimonios sobre el mismo es notable y coincidente en lo fundamental. Así transcribió el P. Gil el relato de boca de Juan Pascual: *“dos hermanos, llamados Lisanio riñeron de la hacienda; y tanto se enojó el uno que se ahorcó y desesperó. Estando alborotada la vecindad, pasó por allí el Padre, y oyendo los gritos subió a la casa y vio al hombre descolgado y muerto. Empezó, apartado un poco, de hacer oración, y a cabo de rato quiso el Señor que a deshora resucitó el ahorcado y pidió confesión. El Padre dijo que viniese el confesor: vino; confesó su pecado y confesado y absuelto, luego murió”*.⁵⁹

Los diversos testigos aportan particularidades interesantes. Isabel Spi dice: *“que se puso de rodillas en tierra, suplicando a Dios fuese servido dar tiempo de vida al colgado para que pudiera recibir los sacramentos de la iglesia y así llegó a tiempo el vicario de Santa María del Mar para confesarlo y en efecto lo confesó, y confesado, murió”*.⁶⁰ Que fue el mismo Ignacio quien cortó la cuerda y una vez caído el cuerpo al suelo le gritaba que invocara el nombre de Jesús.⁶¹ Onofre Coll, doctor en teología y archidácono de la catedral declara en su testimonio que: *“imponiéndole Ignacio el crucifijo de madera que ordinariamente llevaba sobre el pecho, el cual crucifijo este testigo ha visto con sus propios ojos que está en poder de uno de los hijos del dicho Pascual”*.⁶² Y en el proceso se dice que *“habiendo dado señales de contrición y muerto poco después, fue sepultado en lugar sagrado, con permiso del obispo, informado de dicha contrición”*.⁶³

Lugar de la muerte del ahorcado. El P. Pedro Gil, en 1596, deseoso de saber exactamente el lugar del suceso, fue informado por cierta vieja, Catalina Bledana, viuda, *“que acaeció en la calle llamada Benlloc que es la que va del Llano de Llull al mar, y la casa es la 5ª a mano izquierda viniendo del mar a dicho Llano, y es una casa sencilla”*.⁶⁴ Transportando estas indicaciones al presente, después del estropicio causado en el barrio de Ribera, diríamos que la casa no estaría lejos de lo que hasta hace pocos años ha sido mercado del Borne, hoy día objeto de excavaciones arqueológicas.⁶⁵

3. Apostolado en la ciudad.

Pero los afanes apostólicos de Ignacio empiezan a manifestarse en Barcelona no sólo en la conversación y trato particular con las personas que se le acercan y en los consejos y conversaciones espirituales aprovechando las obras de misericordia que realiza, sino que alcanzan una notoriedad especial en

sus intentos de reformación de los monasterios de monjas.

3.1. Reformador de monasterios. Las Órdenes monásticas dejaban mucho que desear antes del Concilio de Trento. Bastante se había logrado desde los Reyes Católicos en la reforma de los monasterios masculinos, pero no tanto en los femeninos. A estos dedicó Ignacio muchos de sus esfuerzos. De los ocho monasterios con los que en aquel tiempo contaba Barcelona, las actas de los procesos hablan especialmente de tres.

Jerónimas de San Matías. Este monasterio se encontraba situado en la plaza Pedró, donde confluyen las calles Hospital y del Carmen, junto a la capilla de San Lázaro. Sufrió graves daños en la Semana trágica de 1909 y consiguió una nueva ubicación, tras la contienda de 1939 en las laderas del Tibidabo, en una finca denominada Bellesguard. La Capilla de San Lázaro es en la actualidad sede de la Comunidad de San Egidio.

En este monasterio de San Matías, la clausura no era conocida ni practicada y todavía en 1559 el P. Laínez, interesado por su situación, recibía el informe de que las Jerónimas *“saben más a dmas que a monjas, salen y pasean por la ciudad, y entran hombres a su monasterio y celdas, y es su trato perniciosísimo. Y el señor Obispo ni la Priora no pueden efectuar la reformación”*.⁶⁶

Ya en la primera estancia de Ignacio en Barcelona parece que entró en este monasterio, como hemos visto. Además de lo narrado a propósito del cofrecito de reliquias regalado por el peregrino a la tornera, el testimonio de Sor Mariana Edo, de 72 años, añade lo siguiente: *“Una religiosa de este monasterio, religiosa de vida perfecta, que se llamaba sor Antonia Estrada, la cual conoció y trató muy familiarmente con dicho Padre Ignacio, cuando en vida estuvo en esta ciudad, aseguraba que venía muchas veces y casi cada día a este monasterio a consolar con conversaciones espirituales a las monjas y que, de ordinario, se retiraba en la iglesia de dicho monasterio y con mucha devoción, arrodillado en tierra delante de la capilla del apóstol San Matías y de cara al Santísimo Sacramento, en la cual permanecía por espacio de varias horas”*.⁶⁷

Benedictinas de Santa Clara. En sus principios del siglo XIII estas monjas eran clarisas y ningún empeño por reformarlas tuvo éxito hasta que al fin, ya entrado el siglo XV, optaron por abandonar la austera regla de Santa Clara y adoptar la más benigna de San Benito. Cuando Ignacio las conoció ya eran benedictinas. El monasterio se encontraba cerca de la puerta de San Daniel, dentro de las murallas, más o menos delante del monumento al General

Prim del parque de la ciudadela y fue destruido hacia el 1716, cuando empezó a construirse la ciudadela. Después de varias vicisitudes, en la actualidad se halla en la montaña de Montserrat no lejos de la Abadía.

La comunidad, visitada por Ignacio, estaba dividida en dos bandos opuestos, las fervorosas que promovían la reforma y las que preferían llevar en el claustro una vida más holgada. Entre las primeras estaban la priora Jerónima Oluja y Sor Teresa Rejadell. A ésta dirigió Ignacio, ya desde Venecia y Roma, unas cartas que son consideradas lo mejor que ha escrito sobre la discreción de espíritus y sobre las verdaderas y falsas virtudes, con una agudeza psicológica y maestría inigualables.

Más adelante, estas dos religiosas pretendieron ponerse bajo la obediencia de la Compañía de Jesús, cosa que Ignacio, ya escarmentado por el caso de Isabel Roser, evitó denonadamente.⁶⁸

Dominicas de Ntra. Sra. de los Santos Ángeles. Este monasterio, denominado en los procesos como de Los Ángeles Viejos, para distinguirlo del de Los Ángeles Nuevos, acabado entonces de construir al fin de la calle Buensuceso, frente al actual Macba, estaba situado en las afueras de la ciudad, cerca del portal de San Daniel. En su nueva ubicación, sufrió en 1640 el “Corpus de Sang” y fue trasladado hace algunos años a Sant Cugat del Vallès, después de una breve estancia en Pedralbes.

La situación de esas monjas no hay para qué describirla. Era parecida a la de los otros monasterios. El P. Dudon, en la vida de San Ignacio, la resume con cierto eufemismo diciendo que “en los Ángeles todos los visitantes no eran ciertamente ángeles”. Juan Pascual en su relación dice que: *“se determinó a sacrificarse todos los días yendo a dicho monasterio, para hacerles algunas pláticas y exhortaciones espirituales; y, en efecto, para dicho ejercicio no dejó día ninguno, aunque la lluvia y los calores del sol u otro trabajo cualquiera se lo impidiese”*.

Las pláticas de Ignacio surtieron efecto y las puertas del monasterio se cerraron. Pero unos caballeros, si así se les puede llamar, *“se determinaron a maltratarlo y aun matarlo si pudieran. Así pues, mandan a un esclavo para que le espere por la tarde entre el convento y el portal de San Daniel, cuando él rezando se venía para mi casa. Le salió al encuentro, en efecto, y le maltrató de palabra el esclavo, y luego pasando a las manos y a las obras le dio de bofetadas y de golpes y le azotó con un junco de buey dejándolo por muerto en tierra. El Padre Ignacio sin quejarse para nada, antes alabando a nuestro Señor y pidiéndole recibiese aquel atropello en satisfacción de sus culpas, quedó tal, que no podía proferir palabra ni menearse, y echado así en tierra como muerto y suspirando, llegaron allí unos molineros, que fue nuestro Señor*

*servido que pasaran entonces por allí, los cuales viéndolo tal, lo llevaron al portal de San Daniel, montado sobre una caballería, y luego de tornado en sí diciendo cual era su domicilio, lo llevaron los molineros de la misma manera a mi casa. Estaba tan maltratado, que ya mi madre le lloraba por muerto. Estuvo en cama de resultas de esta enfermedad 53 días sin poderse menear; y con unas toallas lo alzaban y giraban para hacerle la cama. Para que volviese en sí lo pusieron en unas sábanas empapadas con vino dos o tres veces”.*⁶⁹

La hija Inés añade a la narración de su padre: *“que estaba todo morado de pies a cabeza, que era imposible que con medios humanos se pudiese curar, y diciéndole la dicha Inés Pascual, abuela de la testigo, que no volviera más al dicho monasterio, le respondió el Padre Ignacio: Qué cosa más dulce para él que morir por amor y honra de Cristo mi Dios y por su prójimo, que esto era lo que más deseaba. Y una vez curado volvió al dicho monasterio y la persona que así lo había hecho maltratar fue a pedirle perdón con mucha humildad y se abstuvo de sus torpes visitas al dicho monasterio”.*⁷⁰

Según el testimonio del P. Gil, Inés Pascual le decía a Ignacio: *“Hijo mío, no vuelvas más allá. A la cual respondía Ignacio: Oh madre mía, más deseo padecer por Cristo y aquellas almas”.*⁷¹

Este hecho debió ser tan notorio que por la pequeña habitación de la casa de Inés Pascual pasaron muchas personas devotas de Ignacio. Muchos de los testigos que lo confirman añaden algunos pormenores como que el principal responsable del atropello fue un mercader llamado Ribera y que sólo pretendía asustar; que el esclavo autor de la paliza era un negro; y que acompañaba a Ignacio el sacerdote Pujalt, el cual también recibió su parte de golpes, tanto que algunos llegan a afirmar que murió, cosa que no parece cierta. El canónigo Celler dice que en esta ocasión Ignacio recibió los santos sacramentos, lo que es perfectamente verosímil.⁷²

Lugar del apaleamiento. El P. Creixell calcula que el monasterio de Ntra. Sra. de los Ángeles se encontraba en el punto de la carretera de Mataró en donde, antes de llegar a Barcelona, se bifurcaba hacia los dos portales, el Nou y el de San Daniel. Hoy día corresponde al punto de encuentro de la avenida del Bogatell con la calle Pere IV al confluir con la calle Marina.

Puesto que el portal de San Daniel caía al oeste del lago actual del parque de la ciudadela hacia donde hoy está el museo de geología, y los testigos dicen que la paliza le fue propinada entre el monasterio y el portal de San Daniel y más cerca de éste que de aquel, se concluye que debió ocurrir aproximadamente frente a la actual cascada del parque.⁷³

3.2. Las señoras devotas y bienhechoras. Ya hemos visto que con

ocasión de su primera estancia en Barcelona, Ignacio entró en providencial contacto con Isabel Rosés y Leonor Zapila. Ambas, cada una por su parte, jugaron un buen papel en facilitarle el embarque hacia Jerusalén. Aquella estancia duró 20 días y no pudo dar lugar a muchas más relaciones.

No sabemos las fechas en que tuvo lugar la paliza fuera de las murallas de Barcelona. Sin duda habría transcurrido ya algún tiempo desde la vuelta del peregrino. Lo que sí sabemos es que en ese momento Ignacio ya se había ganado la devoción y el afecto de varias señoras principales de la ciudad.

Nos habría gustado saber cómo entró Ignacio en contacto con ellas pues la afición del peregrino eran los pobres y evitaba dar muestras de su noble linaje.

Inés Pascual, por muy bien situada que pudiera estar gracias a su negocio del algodón, no dejaba de pertenecer al gremio de los menestrales o comerciantes. Pero con ocasión del mes largo que tuvo Ignacio que guardar cama a causa de las heridas recibidas en el apaleamiento, pasaron por la pequeña buhardilla de la casa de Inés una serie de señoras, hoy diríamos de la alta burguesía y aun de la nobleza de Barcelona.

Juan Pascual cuenta que en esa ocasión: *“Lo visitó en casa lo mejor de Barcelona así de damas como de caballeros y lo regalaron todos con exceso, especialmente las señoras arriba mencionadas y más que nadie doña Isabel de Jossa. Se supo el caso en toda la ciudad por ser en ella conocido y estimado como un apóstol”*.⁷⁴

Juan Pascual hace referencia a la lista de señoras que, según nos ha dicho su hija Inés, ayudaban a Ignacio con sus limosnas.⁷⁵ Todas ellas quedarán vinculadas a Ignacio y seguirán ayudándole económicamente en sus estudios, como veremos, y durante muchos años Ignacio las recordará en sus cartas. En una carta de Ignacio que reproduciremos más adelante aparece el nombre de Aldonza de Cardona. Y no podemos olvidar al Arcediano, luego Obispo de Barcelona, Jaime Cassador que también le ayudó económicamente.

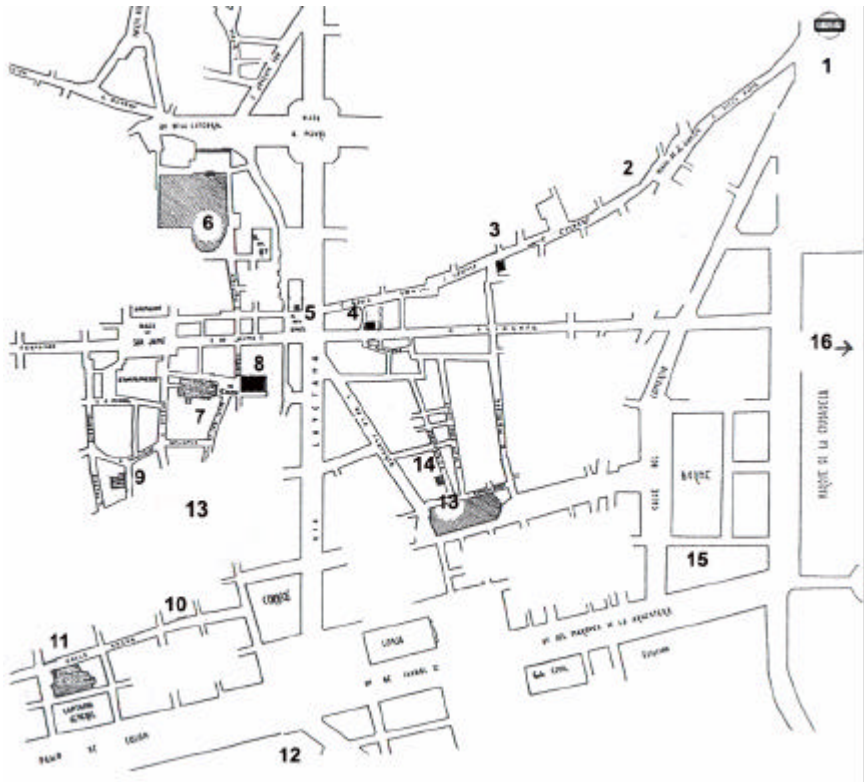
3.3. Primeros compañeros. Terminados sus estudios de gramática, y considerándole ya preparado para emprender bs de Artes le aconsejaron ir a Alcalá, universidad mejor dotada que la incipiente de Barcelona. En la Autobiografía, el P. Cámara dice que *“se partió solo para Alcalá, aunque ya tenía algunos compañeros según creo”*.⁷⁶ Estos eran: Calixto de Sa, Juan de Arteaga y Lope de Cáceres.

No todos los historiadores confirman la duda del P. Cámara, movidos sobre todo por el absoluto silencio al respecto de los testigos del proceso en Barcelona, y ponen el inicio de esta pequeña compañía en Alcalá, como lo hace Ribadeneira,⁷⁷ pero Dalmases, entre otros, siguiendo al P. Polanco los pone ya

en Barcelona. Dice Polanco: “*Pero, tornando a Barcelona, en el tiempo de su estudio no dejaba de dar de sí buen odor y ayudar con el ejemplo y conversaciones y ejercicios espirituales a muchas personas. Comenzó desde allí a tener deseos de juntar algunas personas a su compañía para seguir el diseño que él desde entonces tenía de ayudar a reformar las faltas que en el divino servicio veía, y que fuesen como unas trompetas de Jesucristo; y hubo cuatro compañeros: un Arteaga que después murió Obispo en las Indias; y otro Cáceres, que servía al visorey, y otro que se decía Calixto, el cual él había ayudado para ir a Jerusalén, y a la vuelta se juntó con él para seguir el mismo modo de vida. Sin estos tres, se les juntó otro mancebo. Pero esta su compañía, como parto primerizo, no se prosperó ni conservó mucho*”.⁷⁸ El cuarto mancebo aludido es Juan de Recalde, llamado Juanico, el cual se les juntó ciertamente en Alcalá.

La carta de Ignacio más antigua que se conserva, dirigida a “*En Cto. Nuestro Señor mi hermana Pascoala*” fechada el 6 de diciembre de 1524 en Barcelona y dirigida a Manresa, en donde debía hallarse entonces Inés, le dice: “*Un peregrino que se llama Calixto, está en ese lugar, con quien yo mucho querría comunicádes vuestras cosas; que, en verdad, puede ser que en él halléis más de lo que en él se parece*”. El año podría ser el 1525, pero para el caso presente da lo mismo.⁷⁹

Disolución del grupo de compañeros. Polanco nos ha dicho que este primer grupo no prosperó. En efecto, llegado Ignacio a París como adelantado, les desaconsejó el viaje a ellos porque no hallarían comodidad para el estudio. Calixto cambió de vida, viajó dos veces a América y por fin se estableció en Salamanca para disfrutar de las riquezas obtenidas en las Indias. El sevillano Juan de Arteaga y Avendaño llegó a ser Comendador; luego le dieron el obispado de Chiapas en México, pero murió antes de llegar, en 1541. Lope de Cáceres se retiró a Segovia, su tierra, olvidando su antiguo género de vida. Y Juanico Recalde, el que se les juntó en Alcalá, tomó muy pronto el hábito de franciscano.⁸⁰



- | | |
|---|--|
| <p>1 ARCO DE TRIUNFO
Construido sobre el Portal de la ciudad por el que entró San Ignacio.</p> <p>2 C. PORTAL NOU, PL. SAN AGUSTÍ VELL, C. CARDERS, C. CORDERS.
Itinerario de entrada a la ciudad.</p> <p>3 CAPILLA MARCÚS
Dio gracias a la Virgen de la Guía.</p> <p>4 CASA DE INÉSPASCUAL
En la que vivió más de dos años.</p> <p>5 ESTUDIO GENERAL
Lugar donde estudió latín.</p> <p>6 CATEDRAL. CRIPTA SANTA EULALIA
Donde acudía a orar ante el Santísimo.</p> <p>7 BASÍLICA DE SS. JUSTO Y PASTOR
Isabel Roser le vio aureolado de santidad</p> <p>8 CASA DE ISABEL ROSER
Le invitó a comer y a hablar de Dios.</p> | <p>9 IGLESIA DEL PALAU
Conserva el colchón y la banqueta en la que se sentaba en casa de Inés Pascual.</p> <p>10 CALLE ANCHA
Por esta calle pedía limosna para poder embarcar hacia Jerusalén.</p> <p>11 NUESTRA SEÑORA DE LA MERCED
Pidió la bendición de la Virgen María</p> <p>12 PUERTO
Aquí embarcó hacia Tierra Santa.</p> <p>13 SANTA MARÍA DEL MAR
En la puerta lateral pedía limosna.</p> <p>14 CASA DEL MAESTRO ARDEVOL
Se desconoce el número de la casa.</p> <p>15 CASA DE LISANIO
Al que volvió a la vida cuando se ahorcó.</p> <p>16 LUGAR DE LA PALIZA
Cerca de la cascada del parque</p> |
|---|--|

TERCERA ESTANCIA EN BARCELONA

Ignacio, con el suficiente bagaje de latín aprendido en el Estudio General, había dejado Barcelona a mediados de julio de 1526 para iniciar la aventura de los estudios en Alcalá, como le habían recomendado.

La triste experiencia de Alcalá y luego en Salamanca duró poco más de un año. Su afán por juntar el apostolado con los estudios, el interés por comunicar sus experiencias con los Ejercicios espirituales sin ser todavía maestro en teología, su modo de vestir fuera de lo corriente, le proporcionaron tales persecuciones y cárceles que a mediados de setiembre de 1527 “*se determinó de ir a París a estudiar.*” Los pocos compañeros que ya se le habían juntado quedaron todavía en Salamanca pues “*concertóse con ellos que ellos esperasen por allí, y que él iría para poder ver si podría hallar modo para que ellos pudiesen estudiar.*” Así pues, “*se partió solo, llevando algunos libros en un asnillo.*”¹

Esta estancia en Barcelona debió durar unos tres meses, pues consta que llegó a París el 2 de febrero de 1528, como le comunicaba a Inés Pascual,² habiendo abandonado Salamanca a mediados de setiembre y para el viaje de Barcelona a París podemos ponerle un mes.

Inés Pascual le recibió en su casa como si fuera su verdadero hijo. Ignacio la tratará siempre como si fuera la madre de que careció en su infancia. Pero “*llegado a Barcelona, todos los que le conocían le disuadieron la pasada a Francia por las grandes guerras que había, contándole ejemplos muy particulares, hasta decirle que en asadores metían los españoles; mas nunca tuvo ningún modo de temor.*”³ Los peligros del viaje no le arredraban “*y así se partió para París solo y a pie.*” Nos gustaría saber qué hay detrás de esta expresión, tan repetida luego por los historiadores. ¿Qué se hizo del asnillo cargado de libros con el que salió de Salamanca?

3.1. Ayuda económica para los estudios de París. Pero sin duda ya había aprendido que no se puede tentar a la Providencia y, en consecuencia, aceptó el dinero que generosamente le ofrecieron sus amistades barcelonesas. Nadal afirma en una de sus pláticas de Coimbra que Ignacio recibía en París

ayudas económicas desde Barcelona,⁴ y en uno de los textos de la plática 2ª de Alcalá añade: “Creo que alguna vez le enviaron alguna cédula de cambio de Barcelona”.⁵ Y el P. Polanco concreta: “Así se fue a pie a París, haciendo que cierta provisión de dineros que algunas devotas personas de Barcelona le querían hacer, se la pusiesen en París”.⁶ Triste fin tuvo el pequeño capital según cuenta el mismo Ignacio: “Por una cédula de Barcelona le dio un mercader, luego que llegó a París, veinticinco escudos, y éstos dio a guardar a uno de los españoles de aquella posada, el cual en poco tiempo lo gastó y no tenía con qué pagarle”.⁷

No es Polanco el único que nos revela el sistema de hacerle llegar el dinero a París mediante cambistas o banqueros. Juan Pascual cuando narra la despedida de Ignacio en Barcelona explica: “Mi madre lo proveyó para el camino lo mejor que pudo y lo mismo hicieron las señoras arriba nombradas. Estuvo estudiando en París en compañía del Padre maestro Ramón Pascual Català del orden de Predicadores que hoy vive en el monasterio de Santa Catalina de aquí Barcelona y a él pongo por testigo cómo en los cuatro años y casi cinco que estuvo en París lo proveía mi madre con cambios de cien ducados cada año para libros y sus gastos y a su gusto”.⁸

Pero es el mismo Ignacio, además de lo que nos ha dicho en la autobiografía, quien con mayor énfasis nos descubre las fuentes que le proveían. Las primeras cartas que se conservan de su estancia en París son un continuo agradecimiento por las ayudas recibidas desde Barcelona a lo largo de sus estudios. A Isabel Roser el 10 de noviembre de 1532 le escribe: “Con el doctor Benet recibí tres cartas de vuestra mano y veinte ducados con ellas. Dios nuestro Señor os lo quiera contar el día del juicio, y os lo quiera pagar por mí como yo espero en la su divina bondad”.⁹

Inés Pascual era la encargada de recoger los donativos periódicos que le entregaban para este fin y gracias a sus contactos comerciales como tratante en algodón, podía hacerlos llegar a París. Es interesante la carta del 13 de junio de 1533 en la que Ignacio revela varios nombres de estas bienhechoras y al mismo tiempo pide su colaboración: “Aunque otra os he escrito en respuesta a la que me enviasteis, he pensado de escribir ésta así por vuestra voluntad tanta, como por subir mi estudio más de lo que hasta ahora ha sido: porque esta cuaresma me hice maestro, donde en cosas inexcusables gasté más de lo que pedía mi autoridad, y podía; así he quedado muy alcanzado. Será mucho menester que Dios nuestro Señor nos ayude. Por tanto, yo escribo a la Sepilla (=Zapila), la cual en gran manera se me ofreció por una carta que me escribió, para favorecerme intensamente, y que la escribiese de lo que tuviese menester. A Isabel Roser escribo, mas no sobre esta demanda, porque ella me escribió una carta en que se declaraba no me maravillase yo, porque más no me proveyese

*como ella quisiera, por las muchas necesidades en que se veía; y cierto creo y si se puede decir justamente, digo, que más ha hecho por mí de lo que ha podido, y así le debo más de lo que podré pagar. Paréceme que no le debéis hablar, para darla a sentir ninguna necesidad mía, porque no se entristase por no poderme proveer. Cuando de allá partí, la de mosén Gralla se me ofreció mucho para favorecerme mucho en el estudio y así lo ha hecho siempre. Así mismo se ofreció doña Isabel de Josa y doña Aldonza de Cardona, y ésta así me ha favorecido. A estas tres no las escribo por no me mostrar importuno; mandármelas heis mucho encomendar; que de la Gralla siempre pienso que, informándola, querrá comunicar en la limosna que en mí se hiciere”.*¹⁰

Una vez terminados los estudios en París, todavía nos llega el testimonio de agradecimiento de Ignacio por las ayudas económicas recibidas. Esta vez es la carta del 12 de febrero de 1536 desde Venecia a Jaime Casador, Arcediano entonces de la Catedral de Barcelona: *“Decís que con la acostumbrada porción no faltaréis; sólo os avise cuándo. Isabel Roser me ha escrito que para el abril que viene me hará la provisión para acabar mis estudios. Paréceme que así será mejor, porque para todo el año me pueda proveer así de algunos libros como de otras cosas necesarias. Entre tanto aunque la tierra sea cara y la disposición por ahora no me ayuda a pasar indigencia, ni trabajos corporales, más de los que el estudio trae consigo, yo estoy asaz proveído: porque Isabel Roser me ha hecho dar aquí a su cargo doce escudos, demás de la otra gracia y limosna que de allá, por amor y servicio de Dios nuestro Señor me envia steis”.*¹¹

Agradecimiento de Ignacio. El corazón agradecido de Ignacio se manifiesta de una manera esplendorosa en sus cartas, como hemos visto. A Isabel Rosés le escribía, el 19 de diciembre de 1538, una larga carta desde Roma. En ella le decía: *“Sin dubitar os digo, si os olvido, pienso de ser olvidado de mi Criador y Señor. Por tanto, no tengo tanto cuidado en cumplir o regradar con palabras; mas que de esto seáis cierta que ultra que delante de Dios nuestro Señor vive todo lo que en mí habéis hecho por su amor y reverencia, que en todas cosas que su divina Majestad fuese servido hacer obrar por mí haciéndolas meritorias por su divina gracia, todos los días que viviere seréis enteramente participante, como en su divino servicio y alabanza me habéis siempre ayudado y tan especialmente favorecido”.*¹²

Y a Jaime Cassador, en la carta citada, le prometía: *“El deseo que mostráis de verme allá y en predicación pública, cierto el mismo tengo y habita en mí... Por lo cual acabado mi estudio, que será de esta cuaresma presente en un año, espero de no me detener otro para hablar la su palabra en ningún lugar de toda España hasta tanto que allá nos veamos, según que por los dos se desea.*

Porque me parece, y no dudo, que más cargo y deuda tengo a esa población de Barcelona que a ningún otro pueblo de esta vida".¹³

No pudo Ignacio realizar estos deseos, pero un testimonio como el de estas últimas palabras no se encuentra en ninguna otra de sus cartas o escritos.

No se limitaba Ignacio a agradecer las ayudas recibidas desde Barcelona. Gracias a las cartas que escribió a sus bienhechores desde París y más tarde desde Venecia y al comienzo de su definitiva estancia en Roma sabemos muchos de los acontecimientos de aquellos años.

3.2 ¿Habló Ignacio el catalán? Cuando Ignacio llegó a Montserrat ya dio a conocer su condición de forastero por su habla. Juan Perpinyà que tenía 12 años a la sazón y era sirviente del sacerdote Juan Guiot, vicario de Prats del Rei, encargado por los monjes de distribuir la Eucaristía a los peregrinos, cuando en el proceso de canonización describe la llegada de Ignacio a Montserrat dice que: *"oyó decir que era castellano porque hablaba la lengua castellana"*.¹⁴

La lengua del pueblo y de la sociedad en general con la que se encontró Ignacio era el catalán. Sólo los eclesiásticos y algunas personas más cultivadas conocían y hablaban el latín. En los procesos de canonización habidos en 1595 y 1603 todos los testimonios, fuera de los eclesiásticos, se hacen y reproducen en catalán. Toda la documentación parroquial y social, correspondiente a las estancias de Ignacio en Barcelona, están en catalán. Hasta el documento por el que el maestro Ardévol y sus tres compañeros constituyen en 1532 una sociedad para la enseñanza de la gramática latina está redactado en catalán.¹⁵

La predicación al pueblo y por consiguiente los sermones a los que sin duda alguna Ignacio asistía, eran en catalán. Podemos pues, suponer que al cabo de dos años de estancia en Barcelona, Ignacio por lo menos entendía esta lengua.

Ahora bien, en el proceso de Manresa todos los testigos afirman que Ignacio se dedicaba a enseñar la doctrina cristiana y exhortaba al pueblo a la confesión y comunión frecuente. Es evidente que debía hacerlo en castellano. Ningún testigo al referir estas actividades hace alusión alguna a la lengua usada por Ignacio. Lo mismo sucede con las posteriores actividades en Barcelona. No precisamos recurrir al posterior testimonio de Araoz en su censura a la vida escrita por Ribadeneira: *"Que hablando puro español, le entendían algunos extranjeros"*.¹⁶

A este respecto, es de notar que los testigos del Proceso de Barcelona, aun exponiendo su testimonio en catalán, son pocos los que traducen el nombre por "Ignasi" y lo llaman "Pare Ignacio", y al recordar alguna frase de Ignacio, como hemos visto más arriba, la reproducen en castellano, lo cual nos revela que

ésa era la lengua utilizada por el santo. Y no sólo en su trato con Dios, sino con la gente. Las efusiones de la oración de Ignacio que Juan Pascual, testigo de excepción, recuerda y reproduce están en castellano. Hemos, pues, de admitir que nunca ni nadie hizo problema alguno al respecto.

Pero hay que tener en cuenta, además, lo siguiente. Isabel Roser no sabía latín, como se deduce de la carta de Ignacio del 19 de diciembre de 1538 cuando le comunica: “*Al archidiácono Caçador envió (porque está en latín) la misma declaración que acá se dio de nosotros, el cual os la comunicará*”.¹⁷ Cuando años más tarde hace los votos en Roma en manos de Ignacio, la fórmula de los votos está redactada en catalán.¹⁸ Sin duda Ignacio entendía lo que Isabel prometía. El escrito de esta señora al Papa pidiéndole ser admitida en la Compañía está escrito en un castellano horrible, plagado de catalanismos.¹⁹

Cuando Ignacio promete al todavía Arcediano, luego Obispo de Barcelona, Jaime Cassador, desde Venecia, predicar en Barcelona antes que en cualquier lugar de España,²⁰ no hace alusión alguna al problema de la lengua, señal que ese problema no existía. Esta carta de Ignacio del 12 de febrero de 1536 es contestación a la que le había escrito el Arcediano un mes antes, que no nos ha llegado. Pero diez años después, el mismo Cassador, recién nombrado y consagrado Obispo de Barcelona, le escribe a Ignacio, el 9 de noviembre de 1546, una carta toda ella en catalán, como la cosa más natural en el supuesto de que la entendería.²¹

Entre las cartas que Ignacio recabó de varios obispos y personalidades para contrarrestar el decreto de la Universidad de París del 1 de diciembre de 1544 contra la Compañía, se encuentran dos, fechadas ambas el 10 de mayo de 1555, una del Obispo Cassador y otra de su auxiliar, Obispo de Constantina, Fr. Juan Jubí, las dos en catalán y dirigidas a Ignacio²². También Cassador le escribe en catalán el 4 de mayo de 1556 pidiéndole una recomendación ante las autoridades Vaticanas.²³

La carta más curiosa es la de Isabel Roser, ya desligada de la Compañía, en la que con toda humildad y afecto le cuenta a Ignacio su admisión en el monasterio de N^{ra}. Sr^a de Jerusalén, la cual está redactada en catalán siendo así que todas las anteriores están en castellano.²⁴

Por otra parte, consta que sus primeras predicaciones en Roma, cuando ya llevaba cierto tiempo en Italia, eran en un italiano bastante deficiente. En 1541, cuando enseñaba la doctrina cristiana a los niños de Roma, le advirtió el P. Rivadeneira no sólo que se le notaba la pronunciación española, sino que había de corregir todo el lenguaje. Ignacio le respondió con toda sencillez: “*Pues, Pedro ¿qué le haremos a Dios?*” *Queriendo decir*, añade Rivadeneira,

que nuestro Señor no le había dado más y que le quería servir con lo que le había dado".²⁵

Además se nota en sus escritos la dificultad en retener los apellidos catalanes, como lo demuestran las variantes que aparecen en algunos de ellos: Roser, Roses, Rosell, y también Sapilla, Cepilla, Çapila; a la religiosa Teresa Rejadella la llama: sor Retedella Regedella.²⁶ Todo nos indica que Ignacio no debía ser muy dotado para las lenguas.

Muy poco es lo que podemos deducir de los escritos de Ignacio fuera de la correcta conservación de algunas palabras en catalán, como por ejemplo: al hijo de Inés lo llama Joan y no Juan;²⁷ a los maridos de Isabel Roser o de la Gralla se refiere como "mosén" según el uso catalán.²⁸ La carta que escribe a la misma Isabel Roser desde Roma, el 1 de febrero de 1542, lleva la dirección en castellano, como el texto, pero indica que la casa está en frente de "S. Just", en catalán.²⁹

A este respecto, vale la pena notar que aunque es probable que Ignacio adulto recordara el vasco que aprendió de su nodriza María de Marín, en el caserío de Eguibar, habló siempre desde niño el castellano como todos los miembros de su familia. En ninguno de sus escritos, ni siquiera los dirigidos a sus familiares, se encuentra ni una sola palabra vasca.

Sí en cambio, su pariente Araoz en las numerosas cartas que escribió a Ignacio le deja caer un par de palabras en vasco. En carta del 9 de febrero de 1541, dice: "*Las causas principales eztitut scrivicen por buenos respetos*" (=no pueden escribirse). Y en otras dos cartas, una del 11 de diciembre de 1541 y otra del año 1546, le habla de admitir "*gente verriac*" o "*gente berria*", es decir cristianos nuevos.³⁰

3.3. Última visita a Barcelona. La salud de Ignacio se resintió en París y los médicos le recomendaron una medicina entonces habitual, los aires de su tierra. El remedio parecía oportuno, además, para solucionar en España algunos asuntos de sus primeros compañeros, que debían dirigirse a Venecia, según su proyectada peregrinación a Jerusalén y que luego fracasó.

Ignacio abandonó París a principios de abril de 1535 y tras una estancia de unos tres meses en Azpeitia, pasó por Óbanos (Navarra), donde se entrevistó con un hermano de Xavier, por Almazán (Soria), donde visitó a los padres de Laínez, y siguió por Sigüenza, Madrid, aquí vio a Felipe II, niño entonces de ocho años, Toledo, patria de Salmerón, hasta Segorbe. Aquí en la cartuja de Vall de Cristo, había entrado Juan de Castro, profesor y amigo en París. Prosiguió luego hasta Valencia, donde se embarcó para Italia en octubre o noviembre de 1535, no haciendo caso de los peligros que suponía la presencia

del pirata Barbarroja por las aguas del Mediterráneo. No cayó en poder de Barbarroja pero sí que estuvo a punto de naufragar en una terrible tempestad.

La exposición que hace el P. Polanco de este viaje ofrece alguna ambigüedad en este punto, pues presenta dos versiones diferentes, una de las cuales daría a entender que Ignacio embarcó en Barcelona. El P. Dalmases, en Monumenta, interpreta que lo más probable es que Ignacio emprendió el viaje marítimo desde Valencia, pero la nave hizo escala en Barcelona³¹; así se entenderían mejor también algunas observaciones de Ignacio en sus cartas arriba mencionadas. “*Allí concertaría con sus amigos y bienhechores el envío de recursos para completar sus estudios en Italia, recursos que ciertamente le llegaron*”³²; según hemos visto.

Tanto en una como en otra suposición tendríamos una última visita a Barcelona, que vendría a ser la quinta, si contamos la anterior a la conversión.

3.4. Ulteriores actuaciones. Es preciso completar lo narrado de la vida de Ignacio en Barcelona con algunos hechos que, aunque sucedidos más adelante en el tiempo de sus estancias barcelonesas, guardan íntima relación o son consecuencia de las mismas.

El sacerdote Juan Pujalt, probablemente el mismo que acompañaba a Ignacio en la paliza recibida a la vuelta del monasterio de los Ángeles en 1524, si no se trata de otro sacerdote con el mismo nombre, le escribía a Ignacio el 13 de agosto de 1543: “*Lo que al presente ocurre es rogar mucho y suplicarle se quiera acordar de Barcelona, por su mucha caridad, por la grande necesidad que sin duda hay en ella, y digo no sólo en ella, mas en toda Cataluña, que la mayor parte de ellos no son cristianos, o a lo menos no viven como cristianos*”.³³

Ignacio no olvidó nunca a Barcelona, como lo demuestra su copioso epistolario. Señalaremos sólo unos pocos hechos, sin entrar en pormenores que son objeto de otros estudios.

La rama femenina de la Compañía de Jesús. Isabel Rosés, ya viuda desde 1541 y sin hijos, pensó hacerse monja, y llevada de su devoción al P. Ignacio determinó dirigirse a Roma para ponerse bajo su obediencia. No pensaba ir sola, pero sólo consiguió que la acompañaran, con el mismo propósito, su doncella Francisca Cruylles y doña Isabel de Josa, mujer de grandes cualidades que hablaba latín con elegancia y tenía profundos conocimientos filosóficos “escotistas”. Intentó convencer también a Inés Pascual, como nos cuenta su hijo Juan, pero no lo logró.³⁴

Sabedor Ignacio de las intenciones de Isabel, si bien no cortó de entrada sus deseos, aconsejó al P. Araoz en carta del 12 de junio de 1542: “*si la Rosés*

ha de venir acá, no sé si sería conveniente que vos y D. Diego viniédeses antes del invierno, como está dicho, y ella después del invierno, que no parezca que vosotros la traéis, y con verdad".³⁵

Efectivamente, Araoz y Eguía partieron de Barcelona a fines de octubre de 1542 y las señoras el mes de abril de 1543.

Llegadas a Roma, Ignacio las instaló en la Casa de Santa Marta, por él fundada, para recoger prostitutas arrepentidas.

En este punto, Isabel de Josa desaparece de la historia. Hugo Rahner asegura que permaneció en Roma unos seis meses y que participó en un encuentro filosófico con algunos Cardenales.³⁶ Lo cierto es que no llevó adelante la vocación religiosa y se volvió a Barcelona.

La Rosés pidió a Paulo III ser admitida en la Compañía de Jesús³⁷, cosa que obtuvo sin dificultad, y el día de Navidad de 1545, junto con otras dos damas hizo la profesión en manos del P. Ignacio.³⁸ Las otras dos eran Francisca Cruyllas, su doncella, y una tal Lucrecia de Bradine, que según parece era la encargada o responsable de la Casa de Santa Marta.

El P. Araoz, en cartas de ese tiempo, se refiere a "*nuestra Hermana Rosés*", "*la Hermana Rosés*",³⁹ y también: "*a la Hermana Cruyllas me encomiendo*." En cambio, a la Josa la distingue como "*a la Señora D^a Isabel*".⁴⁰

No duró mucho esta rama femenina, pues los problemas que causaron y sobre todo el pleito por los bienes que Isabel había entregado a la Compañía y de los que luego había dispuesto a favor de un sobrino suyo, con el consiguiente revuelo que se armó en Roma, movieron a Ignacio a obtener del Papa la total y perpetua liberación de tal encargo.

La entrevista de Ignacio con Paulo III debió tener lugar a principio de abril de 1546, aunque el Breve exoneratorio no fue expedido hasta el 20 de mayo de 1547. Pero Ignacio tenía prisa en cortar de raíz un movimiento de captación que había comenzado también en Gandía, favorecido por algunos jesuitas, y amenazaba con tomar cuerpo. Decidió, pues, deshacerse de este asunto y escribió a la Rosés el 1 de octubre de 1546: "*viendo, conforme a mi conciencia, que a esta mínima Compañía no conviene tener cargo de Dueñas con voto de obediencia (según habrá medio año que a Su Santidad expliqué largo), me ha parecido, a mayor gloria divina, retirarme y apartarme de este cuidado, de teneros por hija espiritual en obediencia, mas por buena y piadosa madre, como en muchos tiempos me habéis tenido, a mayor gloria de Dios nuestro Señor*".⁴¹

Se encontró acomodo a las otras dos damas en dos conventos que las aceptaron,⁴² a la Bradine en Roma y luego en Nápoles, y a la Cruyllas en el Hospital de la Santa Cruz de Barcelona.⁴³ Isabel volvió también a Barcelona, en donde el 6 de enero de 1550 tomó el velo de franciscana en el convento de

Ntra. Sra. de Jerusalén. Mantuvo todavía una correspondencia epistolar con Ignacio, agradecida y humilde, y allí falleció. El 28 de enero de 1555 Ignacio escribía a Araoz: “*De la madre Rosel también habíamos sabido y hecho de nuestra parte el oficio de la caridad. Requiescat in pace*”.⁴⁴

Reforma de los monasterios de monjas. Este era un problema que Ignacio llevaba muy en el corazón. Todos los esfuerzos por introducir las reformas necesarias, sobre todo en la clausura, de las religiosas, iban resultando ineficaces. Es increíble la cantidad de cartas dirigidas por Ignacio a las autoridades eclesiásticas y civiles, tanto de Roma como de España, promoviendo iniciativas al respecto.

En este ambiente se ha de entender también la prudencia con que se movió en la aceptación de Isabel Roser y sus compañeras como religiosas de la Compañía, por más que veía claramente no era ése el camino de la orden que acaba de fundar y la aportación que la mencionada Isabel hacía para la iglesia de N^a. Sr^a de la Estrada en Roma.

Introducción de la Compañía en Barcelona. Tras la muerte de la emperatriz Isabel, fue nombrado el 28 de junio de 1539 Virrey de Cataluña el Marqués de Lombay, Francisco de Borja. Hizo su entrada en Barcelona el 23 de agosto del mismo año. Por encargo del emperador, obtuvo en alquiler como residencia la casa del Arcediano (en la actualidad Archivo Municipal), que en aquel tiempo estaba unida al palacio episcopal por un arco del portal de la Plaza Nueva. El Arcediano, Jaime Cassador, hubo de desalojarla y ponerla a disposición del nuevo Virrey.

Allí se sucedieron una serie de visitas de los primeros jesuitas que vinieron a Barcelona: el P. Antonio de Araoz, el 19 de octubre de 1539, todavía no sacerdote, ni la Compañía estaba todavía aprobada; el P. Pedro Fabro en agosto de 1541 y en marzo de 1542. Más otras visitas que luego se sucedieron en Barcelona de estos y otros jesuitas: Diego de Eguía, Francisco Estrada y otros varios que, con su apostolado, prepararon el terreno para el establecimiento de la Compañía en Barcelona, primero en la sencilla casa “frente a la Vicaría del Pino”, única referencia topográfica de su ubicación, y luego con la construcción del colegio e iglesia de N^a Sr^a de Belén, cuya iglesia se bendijo el 18 de agosto de 1555, es decir, un año antes de la muerte de San Ignacio. Pero todo esto es materia de otra historia.

Hacia fines de febrero de 1522 Ignacio dejó Loyola, y debió llegar a Montserrat unos tres o cuatro días antes del 25 de marzo, puesto que dice en la autobiografía: “y llegado a Montserrate, después de hecha oración y concertado con el confesor, se confesó por escrito generalmente, y duró la confesión tres días; y concertó con el confesor que mandase recoger la mula, y que la espada y el puñal colgase en la iglesia en el altar de Nuestra Señora”.¹ No estuvieron de acuerdo los monjes en aceptar la mula, según afirma el carpintero Francisco Capdepós en el proceso de Manresa que “oyó decir al dicho maestro Oliver, carpintero de Montserrat y a su padre que se encontraban en el monasterio de Montserrat cuando llegó el Padre Ignacio e hizo allí los primeros actos de su conversión; y que los Padres religiosos de dicho monasterio no le querían aceptar el caballo que llevaba y dio al monasterio, pero después lo aceptaron con la intención, que si lo volvía a pedir se lo darían; pero es cierto que decía el dicho Oliver que la ropa que llevaba nunca la quisieron recibir”.² Los testimonios de que las armas quedaron colgadas como exvoto, ante el altar de la Virgen, son numerosos, tanto de monjes del monasterio como de otros testigos.

4.1. Itinerario de la espada. 1522. Llegada la noche del 24 comenzó su vela de armas como tenía “*determinado dejar sus vestidos y vestirse las armas de Cristo. La víspera de Nuestra Señora de marzo, en la noche, el año de 22, se fue lo más secretamente que pudo a un pobre, y despojándose de todos sus vestidos, los dio a un pobre, y se vistió de su deseado vestido, y se fue a hincar de rodillas delante el altar de Nuestra Señora; y unas veces de esta manera, y otras de pie, con su bordón en la mano, pasó toda la noche*”.³ El mismo Ignacio reconoce el problema que involuntariamente le causó al pobre al darle los vestidos de caballero, pues se creyó que los había robado.

1539. El P. Araoz en su primera estancia en Barcelona subió también a

Montserrat, y en carta del 30 de octubre de 1539 comunicaba a Ignacio haber saludado allí a un monje con el que Ignacio se había encontrado en Venecia a su vuelta de Tierra santa y añade: “*En Micer Esteban pidió ser encomendado. También hablé al ermitaño Fray Martín de Ubila, el cual se holgó mucho*”.⁴ Cuando, más tarde, el P. Ribadeneira en 1572 escribió la vida de Ignacio, Araoz le hará notar algunas cosas que faltaban en ella, como es que: “*La mula duró muchos años en Montserrat*”⁵, pues pudo verla todavía viva cuando subió a Montserrat, pero nada dice de la espada, lo cual hay que interpretar como que da por bueno lo escrito por Ribadeneira y que la espada continuaba en su sitio.

1599. La Duquesa de Gandía, Juana de Velasco y de Aragón, Camarera Mayor de D^a Margarita de Austria, esposa de Felipe III, ferviente devota de Ignacio como la reina, subió a Montserrat el 11 de julio de 1599 en compañía de los Reyes, procedentes de Valencia, en donde habían contraído matrimonio, y con motivo de la inauguración del nuevo templo (el actual) y colocación de la imagen de la Virgen en el altar mayor. En 1606, al ser requerida para testificar en el proceso de canonización, declaró: “*La espada que dejó en Montserrat el Padre Ignacio, cuando ofreció a Dios nuestro Señor las armas de caballero y determinó abandonar para siempre el mundo está al presente colgada del muro del templo de nuestra Señora*”. Y esto lo puede afirmar porque: “*Cuando la Reina nuestra Señora fue a Montserrat, la testigo la vio*”.⁶

Este testimonio tan contundente merece a los editores de Monumenta el calificativo de error.⁷ Se fundan para ello en que los monjes testigos en el proceso de canonización no hacen referencia al exvoto (aunque hay que tener presente que no les interesaba hablar de ello y no son preguntados sobre el mismo) y sobre todo en el testimonio del P. Pedro Gil, postulador de la causa, el cual confesó: “*La espada y daga y cinta y talabarte no se sabe ni jamás se ha sabido donde están*”.⁸ Frase no exacta, pues cuando esto escribe acaban de verla, como quien dice, la Duquesa de Gandía y los Reyes de España. El P. Creixell se pregunta, con razón, cuándo y cómo pudo errar la Duquesa en su declaración o si los monjes de Montserrat engañaron a los Reyes de España en su visita mostrándoles una espada falsa, motivos ambos absurdos.⁹

1603. El final de las obras del nuevo templo y el comienzo de los procesos de canonización de Ignacio en 1595 coincidieron y los monjes, bajo el mandato del Abad Lorenzo Nieto, decidieron retirar las armas colgadas en la iglesia vieja y recluirlas en un armario de la sacristía. En su lugar, colocaron una lápida conmemorativa que dice así: “*El bienaventurado Ignacio de Loyola aquí con mucha oración y lágrimas se entregó a Dios y a la Virgen, aquí pasó la noche armándose con saco como de armas espirituales, de aquí salió a fundar*

la *Compañía de Jesús* el año 1522. Fr. Lorenzo Nieto, Abad, dedicó el año 1603”.¹⁰ Esta lápida está hoy día colocada en el claustro de entrada al templo del monasterio.

El motivo de que los monjes no trasladaran las armas al nuevo templo y las ocultaran pudo ser, como nota el P. Gabriel Álvarez en su inédita *Historia de la Provincia de Aragón*. “...las pusieron tan a buen recaudo y temiendo que la *Compañía* no se las pusiese a pleito, las escondieron de suerte que, aunque se han hecho grandes diligencias, no han sido parte para descubrirlas”.

Y tan bien escondidas las tuvieron que ni al P. Pedro Gil, Rector de Belén, y promotor de la causa de canonización, que por dos veces subió a Montserrat le fueron mostradas, y por ello respondió a la pregunta del citado P. Álvarez la frase arriba transcrita.

1640. En la guerra civil de 1640, los Consellers de Barcelona mandaron extraditar de Cataluña a todos los monjes de Montserrat nacidos fuera de Cataluña, lo cual comprendía al Abad, Juan Manuel de Espinosa, y otros 55 entre monjes y ermitaños. Al mismo tiempo, con la excusa de protegerlas, mandaban llevar a Barcelona toda la plata y ornamentos preciosos para ponerlos bajo la custodia de los Consellers.

Aunque se redactó un inventario de lo transportado no nos ha llegado completo, o tal vez con las prisas de la orden del transporte sólo se incluyeron en el inventario las piezas más importantes. El caso es que no figura la espada y demás armas, tal vez, además, porque en la espada lo único de valor era la empuñadura de plata. Desde ese momento por una parte ya no se hablará más del puñal y talabarte y, por otra, todos los historiadores de la época se referirán a Barcelona como lugar de residencia de la espada, como el P. Francisco Garau en 1675. La empuñadura también desapareció.

1674. El P. Ignacio Cant, jesuita belga, vino expresamente a Barcelona para visitar los recuerdos ignacianos y dejó un relato de todo lo visto. Estuvo en Montserrat y nada dice allí de la espada, si bien habla de la lápida conmemorativa. Al describir lo visto en Barcelona, dice en su escrito del 11 de agosto de 1674: “En la iglesia de nuestra Señora de Belén, que es de nuestros Padres de la *Compañía de Jesús*, vimos con nuestros ojos y palpamos con nuestras manos la espada de San Ignacio, la misma que él colgó a raíz de su maravillosa conversión junto al altar de nuestra Señora de Montserrat. Los nuestros, jesuitas de Belén, no ha mucho la adquirieron de regalo y la guardan como el tesoro más preciado y rico que guardan en la sacristía”.¹¹

¿Cómo había ido a parar la espada al Colegio de Belén? Dos años antes de la visita del P. Cant, en 1672, se celebraron en Barcelona unas grandiosas

fiestas por la canonización de San Francisco de Borja, antiguo Virrey de Cataluña. El primer día, celebró de Pontifical el Abad de Montserrat y predicó también un célebre monje del monasterio. La comunidad benedictina compartió mesa con los jesuitas; todo lo cual nos indica las excelentes relaciones entre ambas comunidades. No es pues de extrañar que con esa ocasión se realizara lo que el P. Cant denomina “donación”, aunque en realidad se trató de un intercambio de reliquias.

Uno de los festejos organizados con esta ocasión fue un castillo de fuegos artificiales en la Rambla, con tan mala suerte que un cohete entró en el templo y prendió fuego en el altar de Santa Gertrudis la Magna, religiosa benedictina, y de allí a todo el templo, que se tuvo que derribar luego, para levantar de planta el actual. En ese altar, se conservaba en rica urna de plata el cráneo de la Santa. El relicario se salvó de las llamas. El texto latino del relicario dice entre otras cosas que dos huesos del cráneo fueron entregados a los Padres de Montserrat *“puesto que los Nuestros no mucho antes consiguieran, por mediación de los Ilmos. Consellers de Barcelona, la espada de nuestro santo Padre Ignacio, colgada y dedicada en el altar de Nuestra Señora de Montserrat desde el principio de su conversión y la conservaran en la sacristía como el más preciado de los tesoros”*.¹²

1771. Expulsados de España los jesuitas por Carlos III en 1767, la iglesia de Belén pasó a ser propiedad del Obispado. El 4 de abril de 1771, se hizo entrega notarial de las alhajas y ornamentos de la iglesia al Administrador del Seminario Conciliar.

1835. La espada continuaba en la iglesia de Belén, cuando en 1835 fue erigida en Parroquia.

1907. El Cura-Párroco de la iglesia de Belén, Ramón Garriga y Molins, previo acuerdo de la Junta de Obra de la Parroquia y con la aprobación del Obispo, Cardenal Casañas, hizo entrega de la espada a la Compañía de Jesús, sabedor del gran aprecio que habían manifestado los PP. Joaquín Carles, su antiguo profesor, y Juan Capell, Rector del Colegio de Caspe.

La solemne ceremonia de entrega ante notario tuvo lugar el 25 de marzo de 1907 con la presencia de numerosas autoridades eclesiásticas y civiles y gran concurrencia de personalidades, entre ellas D. Claudio López, Marqués de Comillas. Se colocó en el altar de San Ignacio de nuestra iglesia del Sagrado Corazón de Barcelona en una urna de bronce dorado realizada al efecto. La junta constituida para aprobar el diseño de la urna estuvo presidida por D. Antonio Gaudí y el diseño aprobado fue el de D. Bernardino Martorell, sobrino

del arquitecto constructor de la iglesia.

4.2. Examen de la espada. Si alguna duda pudo surgir, en algún momento del recorrido cronológico realizado, desde el punto de vista histórico, la identidad ignaciana de la espada queda perfectamente demostrada con el examen arqueológico de la misma.

D. Macario Golferichs, uno de los miembros de la junta para aprobar la urna, escribió un artículo titulado “Las espadas españolas del siglo XVI”. Del mismo transcribimos lo que se refiere directamente a la espada de San Ignacio: *“Es de lazo, tipo italiano; aunque falta de guardas, demuestra su antigüedad en otras marcas, puestas de dos en dos, todas iguales; a saber, un escudete coronado y en su interior una O montada sobre una T para significar que su procedencia es la ciudad de Toledo. Esta marca era común denominador de los espaderos toledanos más antiguos, por cuyo motivo, adicionaban su propio nombre, grabado en las canales de la hoja para distinguir el forjador de cada una, como lo hace el espadero de la presente hoja de San Ignacio; cuyo nombre marcado a punzón y distribuido en las dos canales abiertas en ambos planos de la hoja, dice así: G.O.N.Ç.A.L.O S.I.M.O.N E.N T. Quiere decir que Gonzalo Simón forjó dicha espada en Toledo; donde son de observar dos cosas: 1ª la Z sustituida en la espada de San Ignacio por la Ç cedilla; y 2ª el modo de grabar dichas letras; no de golpe, sino punto tras punto, prueba evidente de su antigüedad...”*

*Finalmente, los caballeros del siglo XVI hacían grabar sus iniciales en el canto de la hoja, hoy más bien en el plano, junto a la empuñadura. Sabedor de esta costumbre el Excmo. Sr. D. José Mª Florit, Conservador de la Armería Real de Madrid, por los años de 1907 visitó la espada de San Ignacio, y al tenerla en las manos para examinarla, halló, en efecto, dos íes griegas de forma rústica, una en cada uno de los cantos. Juzgó, de momento, que no serían las iniciales del Santo, por creer equivocadamente que éste se llamaba Ignacio de Loyola, y no Yñigo Yñez, como se deduce de los documentos antiguos y del uso corriente de llamarle Yñigo aún en los comienzos de la Compañía de Jesús, 1540; o sea más de diez y ocho años después de visitar a la Virgen de Montserrat. Y por cierto que dichas dos íes griegas conservan una traza tan anticuada y están grabadas con tan mala suerte, que del golpe quedaron cegados los segmentos del filete, surcado paralelamente al canto de la hoja; y esto me hace pensar que no fue muy diestro quien asestó el golpe, para grabar dichas letras”.*¹³

Es de notar que el padre de Ignacio se llamaba Bertrán Yñez de Loyola y que todavía en París, cuando se empezó a generalizar el nombre de Ignacio, a sus compañeros los llamaban “yñiguistas”,¹⁴ como en Manresa a las

devotas del peregrino las llamaban “yñigas” según Gabriel Perpinyà.¹⁵

La espada, que continúa exhibiéndose en el altar de San Ignacio de la iglesia del Sagrado Corazón de Barcelona, tiene los signos señalados por los dos peritos mencionados, como puede comprobar cualquiera que la contemple con detención.

4.3. Pero ¿por qué llevaba espada? Aunque Ignacio por propia confesión “*se deleitaba en ejercicio de armas con un grande y vano deseo de ganar honra*”¹⁶, nunca fue militar de profesión, por más que algunos de sus contemporáneos usen términos parecidos. Algunos escritores llegan hasta elevarlo a la categoría de Capitán.

Como miembro de una familia noble y gentilhomme del Duque de Nájera, Virrey de Navarra, Ignacio acudió en defensa de la plaza de Pamplona contra los franceses pero hemos de ser cautos en aplicar a aquellos tiempos los conceptos militares modernos.

Por todo ello, es razonable la pregunta ¿por qué Ignacio llevaba espada? Pues no era normal ni corriente llevarla en la vida civil, sin permiso del rey. Permiso real que Ignacio obtuvo, según un par de documentos encontrados en el archivo de Simancas, y que nos revelan un turbio incidente de la juventud de Ignacio.¹⁷

Con ocasión de hallarse Carlos I en Zaragoza para ser jurado por las Cortes de Aragón, y a las que asistió el Duque de Nájera, acompañado de Ignacio, éste le eleva un escrito el 20 de diciembre de 1518 en el que le pide autorización para llevar armas y dos guardaespaldas por el fundado temor de que “*Francisco de Oya, gallego, criado de la condesa de Camiña*” le quiere matar, en razón “*de la enemistad y diferencia*” que entre ambos existe.

Esta petición o bien no obtuvo respuesta o no le llegó a Ignacio y por ello volvió a solicitarla desde Valladolid, (se ignora el motivo de su estancia en esa ciudad), y esta vez mereció el 10 de noviembre de 1519 una provisión del Consejo de Castilla, en nombre del rey, concediéndole lo que pedía

La exposición de los motivos que figura en la concesión a la solicitud dice así: “*Sabed que Yñigo de Loyola nos hizo relación que, viviendo con Juan Velásquez, nuestro contador mayor difunto, Francisco del Oyo, gallego, criado de la condesa de Camiña, le quiso tratar mal, y le hirieron; y que, además de lo arriba dicho, le han enviado a decir que le han de matar; y, poniéndolo por obra, había averiguado el dicho Francisco del Hoyo dónde posaba el dicho Yñigo de Loyola, y concertó con una mujer que le daría ciertos dineros porque tuviese manera cómo le pudiese herir y matar; la cual le avisó de ello, y él se teme y recela que de hecho pondrá por obra su mal propósito; a causa de lo cual él tiene necesidad y justa causa de traer armas para defensa de su*

persona, y dos hombres andando con él".¹⁸

El Consejo real le concede "*licencia y facultad para que por término de un año primero siguiente pueda traer armas y un hombre andando con él*". Esta concesión se le renovó, tal vez por no haberla recibido en primera instancia, el 5 de marzo de 1520, es decir un año y dos meses antes de la herida de Pamplona, ocurrida el 20 de mayo de 1521.

La exposición de los motivos de la petición desvela muchas cosas, entre ellas que el odio de Francisco del Oyo era muy profundo, tal que ya le había herido en otra ocasión; que ya duraba bastante tiempo; que no había aceptado "*amistad, puesto caso que ha sido muchas veces requerido con ella*"; que buscaba la complicidad de una mujer, tal vez criada o vecina de la casa en donde moraba Ignacio; que ésta en lugar de traicionarlo le avisó.

Este odio profundo sólo puede atribuirse a motivos de carácter personal, y posiblemente relacionado con conquistas amorosas, aunque G^a Villoslada¹⁹ rebaja mucho el tono teniendo en cuenta que "*semejantes rencores, odios, animosidades y enconos, que no pocas veces originaban asesinatos o por lo menos contusiones graves, puñaladas, mutilaciones y otras ofensas eran entonces poco menos que el pan de cada día*". Y que "*Francisco del Oyo era un digno criado de una familia en la que abundaban las injusticias y los crímenes*". Lo que está claro es que este asunto pone al descubierto un episodio más de los desvaríos de la juventud de Ignacio, que él nunca ocultó.

La célebre expresión de Ribadeneira "*soldado desgarrado y vano*"²⁰, Polanco la concreta en la vida de Ignacio así: "*aunque era aficionado a la fe, no vivía nada conforme a ella, ni se guardaba de pecados, antes era especialmente travieso en juegos y en cosas de mujeres, y en revueltas y cosas de armas; pero esto era por vicio de costumbre*".²¹ Y en el Sumario castellano dice: "*Y así con toda libertad decía de sus pecados pasados*".²² Nadal repite lo mismo. "*Narra su vida, sus pecados, persecuciones, cárceles, enfermedades. Así mueve admirablemente*".²³ Y del íntimo amigo Laínez es la sentencia más cruda: "*combatido y vencido del vicio de la carne*".²⁴

No es pues justo, más, es calumnia todo lo que algún escritor sensacionalista ha querido añadir a estas confesiones. Explicitar sin pruebas fehacientes lo que las precedentes expresiones dejan al aire no es histórico ni honrado.

Monumenta Historica S.J.

Epistolae Sancti Ignatii I	Epist.
Epistolae Mixtae I	Epist.Mixtae
Fontes Documentales	F.Documentales
Fontes Narrativi I, II, III, IV	FN
Litterae Quadrimestres VIII	Lit.Quadrim
Monumenta Lainii IV	M.Lainii
Monumenta Natalis I, V	MN
Scripta de Sancto Ignatio I, II	Scripta

1ª Estancia

¹ Autobiografía, n. 18

² Citado por Creixell, *San Ignacio de Loyola*, I, p.53

³ Autobiografía, n. 53

⁴ Dalmases, *Vida del P. Maestro Ignacio*, p. 46

⁵ G^a Villoslada, *San Ignacio de Loyola*, p. 130, nota 35. Sin embargo A. Borràs en *Sant Ignasi de Loyola i la ciutat de Barcelona*, pág. 15, niega que el Duque de Nájera asistiera a este Capítulo de Barcelona. En la Enciclopedia Espasa, voz “Toisón de Oro”, pag. 375, puede verse la lista de los 16 reyes y nobles que lo recibieron en esta ocasión, entre ellos el Duque.

⁶ FN, III, 191

⁷ FN, III, 149-150

⁸ Scripta II, 310

⁹ FN, III, 187

¹⁰ Scripta, II, 388

¹¹ FN, III, 203-205

¹² Scripta, I, 749

¹³ Scripta, I, 725

¹⁴ Epist.Mixtae I, 35

¹⁵ *Sant Ignasi a Montserrat*, 1935. Reedid. 1990 con las correcciones p. 239-251.

¹⁶ Leturia, *Estudios Ignacianos*, I, 113-178

¹⁷ FN, III, 204

¹⁸ Scripta, I, 726

¹⁹ Leturia, *Estudios Ignacianos*, I, 177.

²⁰ Autobiografía, n. 34-35

²¹ FN, III, 189

²² FN, III, 190

²³ Scripta, II, 94

²⁴ Autobiografía, n. 16

²⁵ FN, I, 76

²⁶ FN, IV, 103

²⁷ Scripta, II, 373

²⁸ FN, IV, 936

²⁹ Creixell, I, 48-51

³⁰ Scripta, II 362

³¹ Autobiografía, n. 34

³² Scripta, II, 707

³³ Autobiografía, n.55

³⁴ Scripta, II, 92

³⁵ Scripta, II, 642,

³⁶ Citado por Creixell, II, 423

³⁷ FN, III, 407-409

³⁸ Epist. I, 149

³⁹ FN, III, 191

⁴⁰ FN, III, 185

⁴¹ Creixell, I, 223

⁴² Scripta, II, 677-678

⁴³ Creixell, II, 168

⁴⁴ Scripta, II, 625

⁴⁵ Creixell, II, 169-171

⁴⁶ Creixell, II, 182-183

⁴⁷ FN, III, 149

⁴⁸ Scripta, II, 105

⁴⁹ Scripta, II, 106

⁵⁰ Creixell, *S. Ignacio en Barcelona*, p.146

⁵¹ Puig, Ignacio. *San Ignacio en Barcelona*, p. 141

⁵² Scripta, II, 645

- ⁵³ FN, III, 191
⁵⁴ Autobiografía, n. 37
⁵⁵ Creixell, *S. Ignacio en Barcelona*, lámina XI, 2. p.45
⁵⁶ Scripta, II, 334
⁵⁷ Creixell, *San Ignacio en Barcelona*, p.37
⁵⁸ Scripta, II, 693
⁵⁹ Scripta, I, 734-735
⁶⁰ Scripta, I, 733-734
⁶¹ FN, IV, 146-147
⁶² Epist. I, 85
⁶³ Epist, I, 187
⁶⁴ FN, I, 412, nota 35
⁶⁵ Scripta, II, 389
⁶⁶ Scripta, II, 710
⁶⁷ Autobiografía, n.35-36
⁶⁸ Scripta, II, 680
⁶⁹ Ambas citas en Creixell, *S. Ignacio en Barcelona*, p.50-51
⁷⁰ Autobiografía n. 46
⁷¹ Scripta, II, 92; FN, I, 1-3
⁷² Creixell, I, 237-238, nota 3. Testimonios no reproducidos en MI.

2ª Estancia

- ¹ Polanco, Vida, p. 26
² Scripta, I, 114
³ Autobiografía, n. 50
⁴ Autobiografía, n. 71
⁵ FN, II, 137-138
⁶ Autobiografía, n. 54
⁷ March, José M. *Quién y de dónde era el monje manresano, amigo de San Ignacio de Loyola*. Estudios Eclesiásticos 4 (1925) 185-193
⁸ Autobiografía, n. 54
⁹ FN, IV, 173
¹⁰ FN, II, 543
¹¹ Gª Villoslada, *San Ignacio de Loyola*, p. 264
¹² Scripta, II, 89
¹³ Dalmasas, Cándido de, *Los estudios de San Ignacio en Barcelona (1524-1526)*. AHSJ, 10(1941), 283-292
¹⁴ Scripta, II, 300-301
¹⁵ Scripta, II, 274
¹⁶ Scripta, II, 603
¹⁷ Scripta, II, 615

- ¹⁸ Lit. Quadrim. VI, 286, nota 1.
¹⁹ Scripta, II, 815
²⁰ Scripta, II, 108
²¹ FN, II, 154
²² Autobiografía, n. 55
²³ FN, IV, 173
²⁴ Creixell, I, 244-245
²⁵ Autobiografía, n. 55
²⁶ Scripta, II, 343
²⁷ Scripta, II, 681
²⁸ Scripta, II, 89
²⁹ Scripta, II, 678
³⁰ Scripta, II, 636
³¹ Scripta, II, 641
³² Scripta, II, 638-639
³³ Scripta, II, 92
³⁴ Autobiografía, n.56
³⁵ Autobiografía, n. 73
³⁶ FN, III, 192
³⁷ FN, III, 147
³⁸ Scripta, II, 398
³⁹ *San Ignacio de Loyola*, p. 264
⁴⁰ Scripta, II, 88-89
⁴¹ Scripta, II, 677
⁴² Scripta, II, 638
⁴³ Creixell, *San Ignacio en Barcelona*, p. 75-76
⁴⁴ o.c. lámina XIV
⁴⁵ Scripta, II, 90
⁴⁶ Scripta, II, 633-634
⁴⁷ Scripta, II, 640
⁴⁸ Scripta, II, 633
⁴⁹ Scripta, II, 637.
⁵⁰ Scripta, II, 641
⁵¹ Scripta, II, 681
⁵² Scripta, II, 310,325
⁵³ Scripta, II, 79,96; FN,III,197-8
⁵⁴ Scripta, II, 278-279
⁵⁵ Scripta, II, 308-309
⁵⁶ Scripta, II, 291
⁵⁷ Scripta, II, 339
⁵⁸ Scripta, II, 344-345
⁵⁹ Scripta, II, 78
⁶⁰ Scripta, II, 629
⁶¹ Scripta, II, 276
⁶² Scripta, II, 611
⁶³ Scripta, II, 399
⁶⁴ Scripta, II, 399
⁶⁵ Creixell, I, 268

- ⁶⁶ M.Lainii IV, 302
⁶⁷ Scripta, II, 334
⁶⁸ Rahner, H. *Ignace de Loyola. Correspondance avec les femmes de son temps*. París (1963) II, 113-161
⁶⁹ Scripta, II, 91
⁷⁰ Scripta, II, 638
⁷¹ Scripta, II, 398
⁷² Scripta, II, 398, 613, 604
⁷³ Creixell, I, 265-267
⁷⁴ FN,III,195
⁷⁵ FN,III,192
⁷⁶ Autobiografía, n. 56
⁷⁷ FN, IV, 179
⁷⁸ FN, I, 170-171
⁷⁹ Epist., I, 72, ver nota 4
⁸⁰ FN, I, 170-71, notas 8-11

3ª Estancia

- ¹ Autobiografía, n.71-72
² Epist., I, 74
³ Autobiografía, n.72
⁴ FN, II,198; Plática 3 Coimbra, n.20
⁵ MN, V,280[47], texto Q
⁶ FN, I, 177. Y lo repite en FN, II, 553,554.
⁷ Autobiografía, n.73
⁸ FN, III, 196
⁹ Epist., I, 83
¹⁰ Epist., I, 90-92
¹¹ Epist., I, 93-94
¹² Epist., I, 143-144
¹³ Epist., I, 95-96
¹⁴ Scripta, II, 387
¹⁵ AHSJ, 37(1968) 385-388
¹⁶ FN, IV, 936
¹⁷ Epist., I, 144
¹⁸ F.Documentales, 701.
¹⁹ F.Documentales, 698
²⁰ Epist., I, 95-96
²¹ Epist., Mixtae I, 321
²² Epist., 12, 530, 532
²³ Epist., 12, 480
²⁴ Epist., 12, 398-399
²⁵ FN, II, 349-350
²⁶ Epist., I, 107
²⁷ Epist., I, 75
²⁸ Epist., I, 88, 92
²⁹ Epist., I, 187

- ³⁰ Epist.Mixtae,I,197,241-42; y V,643.
³¹ FN, II, 571, nota 188
³² *El Padre Maestro Ignacio*, pág. 117.
³³ Epist. Mixtae I, 118
³⁴ FN, III,149
³⁵ Epist., XII,216
³⁶ H.Rahner,II,70
³⁷ F.Documentales, 698
³⁸ F.Documentales, 701; FN, III,164
³⁹ Epist.Mixtae,I,282
⁴⁰ Epist.Mixtae,I,247
⁴¹ Epist., I,434
⁴² Epist., I,437-440
⁴³ Scripta,II,348
⁴⁴ Epist., VIII,343

La Espada

- ¹ Autobiografía, n. 17
² Scripta, II, 718
³ Autobiografía, n. 18
⁴ Epist.Mixt. I, 35
⁵ Scripta, I, 725
⁶ Scripta, II, 835, 803
⁷ Scripta, II, 835, nota 1
⁸ FN, III, 603
⁹ Creixell. *La espada de San Ignacio*, p. 35-39
¹⁰ Scripta, II, 932
¹¹ Creixell. *San Ignacio en Barcelona*, p. 156
¹² FN, III, 604
¹³ Creixell, *La espada de San Ignacio*, p. 97-101
¹⁴ Chron.Natalis [7], MN, I, 2
¹⁵ Scripta II, 369
¹⁶ Autobiografía, n.1
¹⁷ Fernández Martín, Luis SJ. *Un episodio desconocido de la juventud de Ignacio de Loyola*. AHSJ 44(1975) 131-137
¹⁸ F.Documentales, 259-261
¹⁹ *San Ignacio de Loyola*, pág. 131-132
²⁰ FN, IV, 315
²¹ FN, I, 154
²² FN, I, 163
²³ FN, II, 314-315
²⁴ FN, I, 76